

*Eli Jane Foster*

*La*

*Que me*

*Hayes Sentir*

# **Lo que me haces sentir**

Eli Jane Foster

Marlena llevaba una vida muy ordenada y había llegado a lo más alto en su carrera. Era el momento de comprar su primera casa y un loft en el Soho era lo que más la convencía. Nada de paredes y mucho espacio. Pero igual debería habérselo pensado mejor al ver a su vecino de enfrente a través del ventanal, porque su mirada la ponía realmente nerviosa y ella jamás perdía los nervios.

# Indice

[Indice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

Marlena miró alrededor. Los ventanales del loft eran enormes y entraba mucha luz. Caminó haciendo sonar sus tacones en el suelo de parquet e ignoró al impaciente agente inmobiliario. Era sábado y sabía que le estaba fastidiando el día libre, pero por la comisión que se iba a llevar gracias a ella, le importaba bien poco. Fue hasta la cocina y acarició la encimera de la isla cubierta con un mármol gris precioso. —¿La cocina es nueva?

—Se han hecho reformas recientemente. El baño, la cocina y el cuarto de la lavadora anexo a la cocina ni siquiera se han estrenado. —Abrió los armarios mientras el tipo seguía hablando. —Y el suelo se ha barnizado. ¿Le interesa?

Se volvió y levantó una de sus cejas pelirrojas. —Todavía no he visto el baño.

El tipo se sonrojó. —Oh, por supuesto.

—¿Tiene prisa?

—Mi hijo juega un partido de béisbol y...

—Es una pena que tenga que trabajar —dijo fríamente yendo hacia la zona de dormitorio. Subió los tres escalones y entró en la zona de vestidor. Observó los huecos sabiendo que el tipo se estaba acordando de toda su familia, pero no pensaba precipitarse para comprar su primera casa. Era algo que debía analizar concienzudamente. Cuando quedó satisfecha, salió y vio que el tipo hablaba en voz baja por el móvil. Seguramente con su esposa para ponerla verde. Fue hasta el baño y abrió la puerta pintada en blanco. Sonrió al ver el azulejo blanco que siempre había querido para su baño. El lavabo era enorme al igual que la bañera en forma ovalada y el suelo era de un bonito gris claro. Volvió al dormitorio y miró a su alrededor. El enorme salón y la cocina eran lo que siempre había querido. Mucho espacio y nada de paredes, excepto en el baño. Pero no se decidía. Su vista fue a parar a los ventanales de suelo a techo y vio el edificio de enfrente. Aunque era el último piso, no le convencía que hubiera vecinos que pudieran verla. Pero igual eran oficinas...

Su mirada viajó por las ventanas e hizo una mueca cuando vio a una pareja discutir en el piso inferior. Eran viviendas y se veía todo, aunque esa pareja no la veía a ella a no ser que se acercara mucho a la ventana. Tampoco la convencía verles discutir y le daba la sensación de que lo hacían a menudo. Su mirada fue a parar a las ventanas que tenía en frente y le dio un vuelco el corazón al encontrarse a un hombre sin camiseta corriendo en una cinta. Se notaba que llevaba mucho tiempo haciendo ejercicio, porque su torso desnudo estaba sudoroso y de su pelo negro caían gotitas. Marlena siguió una de esas gotitas que cayó sobre su pecho y sin darse cuenta dio un paso hacia él, sintiendo que se quedaba sin aliento al ver esa pequeña gota desaparecer por debajo de su pezón derecho.

—¿Qué opina? —preguntó el tipo sacándola de golpe de sus pensamientos.

Marlena le miró confundida antes de que sus ojos volvieran a ese hombre y se le cortó el aliento cuando sus miradas coincidieron. Sus ojos negros hicieron que su sangre volara por sus venas y su vientre se estremeció. Nunca en su vida había experimentado nada igual y se dio cuenta que todo su cuerpo le respondía. Los ojos verdes de Marlena bajaron hasta sus labios, que se separaron en ese momento.

—¿Señorita Brown?

Se volvió y miró al agente inmobiliario fríamente aparentando que todo estaba bien y dijo sin pensar —Prepare los papeles.

El tipo sonrió de oreja a oreja. —Por supuesto. Es una compra estupenda.

—Quiero mudarme la semana que viene —dijo yendo hacia la puerta.

—Agilizaré los trámites todo lo posible.

Se detuvo en seco y se volvió fulminándole con la mirada. —¿No me ha entendido? La semana que viene.

—Sí, señorita Brown —contestó perdiendo la sonrisa—. La semana que viene.

Miró sobre su hombro y el reflejo del sol impedía que viera a ese hombre. Se sintió algo decepcionada y molesta consigo misma, salió de allí rápidamente.

—Esta es la última caja, señorita Brown —dijo el jefe de mudanza supervisando al mozo que la estaba dejando en la cocina.

Arrodillada ante una de las cajas abiertas, se levantó caminando descalza hacia él. —¿Debo firmar algo?

—Sí —dijo mirándola con admiración—. Aquí tiene. —Le mostró la tablilla y añadió —Espero que haya quedado contenta con el servicio. —Su tono seductor no la afectó en absoluto.

—Si no me hubieran roto la lámpara de diseño, hubiera quedado contenta. —Firmó a toda prisa y le entregó la tablilla al ver que se había sonrojado. —Espero que se me descuenta de la factura.

—Por supuesto, señorita Brown. —Sacó una tarjeta del bolsillo. —Si quiere algo más, ahí está mi número.

Al parecer el tipo no se daba por vencido y ella rompió la tarjeta ante sus ojos, haciendo reír al mozo por lo bajo. —Buenos días.

—Buenos días —dijo haciéndole un gesto al chaval para que saliera de la casa.

Marlena suspiró y dejó los restos de la tarjeta sobre una de las cajas. Cuando vio todo lo que tenía que hacer, se replanteó que su ayudante hiciera el trabajo. Distraída miró por la ventana y se tensó cuando vio a su vecino vestido únicamente con un pantalón del pijama, tomándose una taza de café mientras la miraba apoyado en el marco de la ventana.

Sintiendo que su corazón se alteraba, desvió la vista dejando que sus rizos pelirrojos le cubrieran la cara y disimulando abrió la caja que tenía delante. Empezó a desembalar y de vez en cuando miraba lo que hacía. Y el tipo no dejaba de observarla poniéndola nerviosa. ¡Y eso no le pasaba nunca! Jamás se ponía nerviosa. ¡Si en el bufete la llamaban la bruja de los nervios de acero! Tomó aire y llevó unos libros hasta la estantería de la zona de despacho que había colocado en el extremo del salón más cercano a su dormitorio. Al lado de uno de los ventanales era la zona perfecta. Los colocó por orden como a ella le gustaba y metió más la silla del escritorio. Al levantar la vista le vio mirándola seriamente y levantó una de sus cejas negras de manera interrogante antes de beber de su taza de café de nuevo. Marlena

siguió el movimiento de su nuez al tragar. Aquello no era normal. Igual debería hablarlo con el psicoterapeuta.

Clavándose las uñas en las palmas de las manos, no hizo un gesto intentando disimular mientras se movía y volvía al trabajo. Siguió colocando todos los libros de su biblioteca y después colocó el portátil y todo su material de oficina. Conectó la impresora y comprobó la señal de internet.

Cuando estuvo satisfecha con ese espacio, siguió con el salón. Tuvo que mover su enorme sofá de piel porque no le gustaba pegado a la ventana. Además, la señal de la televisión la tenía en la pared de enfrente, así que tuvo que girarlo para que el sofá mirara hacia allí. Lo rodeó pensando bien si le gustaba así, porque no quería mover los muebles de nuevo más adelante. Vio que tenía espacio de sobra para llegar a la península de la cocina que estaba a la derecha. Sí, esa era la mejor posición. Colocó el mueble del televisor pegado a la pared y se sentó en el sofá asintiendo después de realizar las conexiones.

Sin darse cuenta miró a su izquierda para ver el ventanal y sonrió pensando en que aunque la ventana llegara al suelo, podría poner un banco con estantes para aprovechar el espacio. Tendría un sitio para sentarse y para colocar más cosas como libros. Quedaría bonito desde la entrada. Se lo haría a medida con el ventanal. Al levantar la vista allí estaba de nuevo. Pero esta vez tenía el ceño fruncido. Lo que le faltaba, que ese tipo estuviera mirando todo lo que hacía.

Se levantó del sofá y colocó la mesa de centro, pero recordó la alfombra. Al verla sobre una de las cajas, gimió pensando que la alfombra en ese espacio quedaría pequeña. Debía comprar otra. La dejó al lado de la puerta para tirarla y fue hasta la cocina para empezar a desembalar todos los enseres. Los platos y todo lo demás no le llevaron mucho tiempo porque casi no comía en casa. Ni siquiera los fines de semana. Prefería comer algo dando un paseo, que perder horas allí metida. Nunca había entendido cómo había gente que le gustaba estar entre pucheros horas y horas para después que desapareciera su trabajo en veinte minutos. Era absurdo.

Cogió uno de los cuadros y lo puso sobre el sofá. Se cruzó de brazos mirando los colores intensos de los rojos, verdes y azules. Ni sabía lo que representaba. Lo había comprado por los colores y le encantaba. Como los cinco del mismo autor que tenía dispersados por el apartamento. Era una pena



que no los hubiera comprado en ese momento porque hubiera comprado el que medía dos metros. En esa casa podía ponerlo.

En ese momento le sonó el móvil y fue hasta el escritorio para cogerlo. Quien llamaba no estaba en su agenda y pensando que podía ser un cliente descolgó. —Marlena Brown.

—Hola, guapa.

Entrecerrando los ojos se volvió. —¿Quién es?

—¿No te acuerdas de mí? Soy tu destino.

Marlena levantó una ceja. —Mi destino. —Levantó los ojos y su vecino estaba corriendo en la cinta. Dios, qué bueno estaba.

—Me preguntaba si querías quedar esta noche para cenar.

—No sé si quiero cenar con mi destino. —El tipo se echó a reír y ella se exasperó. —Mira, estoy ocupada y...

—¡Soy Harry Cadwell!

Reprimiendo un bufido se pasó una mano por los rizos pensando en cómo librarse de ese compañero del bufete. —Estoy de mudanza, Harry.

—¿Quieres que vaya a ayudarte?

—No, de verdad. Tengo mucho que hacer y después tengo que trabajar. El caso Robinson, ¿recuerdas?

—La joya de la corona del bufete. No lo hemos celebrado.

—Lo celebraremos cuando gane. —Su fría respuesta no le pasó desapercibida a su compañero.

—Sí, por supuesto. —Carraspeó incómodo. —Te veré en el despacho.

—Y recuerda que tenemos una reunión el lunes a las ocho y media. — Colgó el teléfono sin esperar respuesta y volvió a dejarlo exactamente en el mismo sitio, antes de volverse para seguir trabajando.

Estaba colocando el jarrón de cristal de murano sobre la mesa del comedor, cuando al levantar la vista vio a su vecino únicamente con una toalla en la cadera mirando su apartamento con descaros. ¡Bueno, ese tío no se cortaba un pelo! Pensó mientras sus ojos se iban sin querer hasta el vello negro de debajo de su ombligo, que bajaba hasta desaparecer bajo la toalla blanca. Soltó el jarrón suavemente, pues notaba sus dedos agarrotados y se

volvió ignorándole para subir los escalones hacia su cama. Abrió una de las cajas buscando las sábanas, pero no las encontraba y eso que en el exterior de las cajas había sido concienzuda, escribiendo lo que había en cada una de ellas. Furiosa revisó todas las cajas e incluso miró en el baño y el vestidor, pero nada. ¡Faltaba una caja!

—Este tío se va a enterar —siseó yendo hacia el móvil. Abrió su agenda y buscó el teléfono de la agencia de mudanzas que había contratado. Pero no cogían el teléfono. Furiosa fue hasta la tarjeta que había roto y la recompuso antes de marcar. Se puso el teléfono al oído y con la mano en la cadera vio que su vecino levantaba un brazo para echarse desodorante en la axila. Era lo más sensual que había visto en la vida. Nerviosa se volvió.

—¿Mudanzas Peterson? Soy Pete.

—¡Y yo soy Marlena Brown! ¡Y me falta una caja!

—Eso no puede ser, señorita. El camión estaba vacío.

—Pues se la habrán dejado en el apartamento. ¡O se la habrán robado! ¡Pero me faltan todas las sábanas!

—Las sábanas, ¿eh? Entiendo. Enseguida voy.

—Mira, imbécil... ¡Si te acercas a mi casa, más te vale que traigas la caja si no quieres que te denuncie por acoso sexual! ¿Me has entendido? Y entérate bien. ¡Cómo no encontréis mis sábanas de algodón egipcio de seiscientos dólares el juego, os voy a meter una denuncia que os vais a cagar! —Colgó el teléfono y bufó antes de devolver el móvil a su sitio.

Dejó el móvil sobre la mesa y cerró la mano en un puño. ¿Qué diablos le estaba pasando? Debía ser la mudanza. Sí, la había alterado un poco. Dándole la espalda al ventanal fue hasta los escalones y los subió lentamente antes de empezar a recoger su ropa, para colgarla como ella quería en el vestidor.

Una hora después estaba colocando los zapatos por colores cuando sonó su timbre. Salió a toda prisa y fue hasta la puerta. Antes de abrir preguntó —¿Quién es?

—De la mudanza, señorita Brown. La puerta de abajo estaba abierta.

Abrió la puerta y vio al mozo de mudanza con su caja en las manos. — Veo que la han encontrado.

—Un error. Se quedó en el camión.

Sí, ya. El idiota del jefe la había dejado a propósito para que le llamara.  
—¿Puedes dejarla en el dormitorio?

—Sí, por supuesto.

Le observó pasar y el chico la dejó al lado de las otras. Se quitó la gorra y preguntó —¿Desea algo más?

Ella levantó una ceja mirándole de arriba abajo. Era mono y estaba muy bien bajo esa camiseta blanca de tirantes. Nunca había entendido para qué se ponían monos de trabajo para después dejar la parte de arriba enrollada en la cintura. Levantó la vista hasta sus ojos marrones. —Largo.

El chico sonrió de medio lado y bajó los escalones con chulería poniéndose ante ella. —¿Sabes lo que necesitas, preciosa?

—Ilumíname.

—Un buen polvo. Y yo puedo hacerte gozar. —Le tocó un rizo y lo acarició entre los dedos. —Siempre me han gustado las pelirrojas y estoy seguro de que tú eres natural. —Su mano fue a parar a su hombro, acariciándolo antes de bajar por el tirante de su camiseta y rozar la parte superior de su seno llegando a su pezón. —Estas tetas me vuelven loco. ¿Lo haces para provocar? Lo de ir sin sujetador, es muy erótico. —Con el dedo rodeó su pezón. —Me la pone dura. ¿Quieres comprobarlo?

—¿Cómo te llamas? —preguntó fingiendo una sonrisa.

—Jake. Y soy todo tuyo. —Dio otro paso hacia ella y Marlena sonrió.

—¿No me digas? —Llevó la mano hasta su sexo y lo acarició por encima de su mono. Jake gimió cerrando los ojos. No había mentido en absoluto, estaba muy excitado. Jake chilló cuando apretó la mano sobre su erección con fuerza y siseó empujándolo hacia la puerta. —¡Dile a tu empresa que me tiene contenta! —le gritó antes de soltarle y cerrarle la puerta en las narices.

Al volverse vio cómo su vecino la observaba cruzado de brazos, ya vestido con una camisa azul con las mangas remangadas hasta los codos y un pantalón negro de vestir. Se sonrojó algo avergonzada y volvió a disimular subiendo los escalones para esconderse en el vestidor. Se sentó ante los zapatos e iba a coger unos rojos cuando se dio cuenta de que sus manos le

temblaban ligeramente. Las apretó con fuerza respirando profundamente. ¿Qué le pasaba? Estaba excitadísima y no porque el chico la hubiera tentado. Quizás sí que debería haber aceptado su oferta, pero es que sus relaciones sexuales habían sido siempre tan insatisfactorias, que no merecía la pena. Y eso que varios lo habían intentado con ganas, pero nada. Nunca llegaba al orgasmo y había dejado de intentarlo. No era la primera vez que oía ese tipo de comentarios de un hombre sobre que necesitaba un buen polvo. Se lo había dicho tantas veces que había perdido la cuenta. Sobre todo abogados de la parte contraria cuando les había machacado en los tribunales. Si la llamaban nervios de acero, era simplemente porque nada la alteraba. Contestaba a esos estúpidos con comentarios cortantes e inteligentes, dejándoles de piedra. Nunca había sido tan directa. Quizás la había asustado que fuera en su propia casa. Eso nunca le había pasado. Sí, seguro que había sido eso. Había invadido su espacio y se había defendido.

Más tranquila por llegar a esa conclusión, continuó colocando su vestido. Después de clasificar la ropa interior por colores fue a hacer la cama. Al mirar su reloj de pulsera, se dio cuenta que no había comido. Mierda. Le pasaba muy a menudo y el médico le había dejado las cosas muy claritas la última vez. Fue hasta la nevera mirando de reojo la ventana. Fue un alivio no verle y sonriendo puso la radio que tenía sobre la encimera para escuchar algo de música mientras se hacía un sándwich. La triste nevera estaba casi vacía. Sólo tenía lo imprescindible porque odiaba tirar nada. Cogió el pan de sándwich y el jamón york. Estaba untando la mostaza canturreando en voz baja una canción de Jennifer López, cuando sonó su móvil. Gimió dejando el cuchillo y rodeó la península para recogerlo. Al ver la cara de su madre en la pantalla, se tensó y lo cogió a regañadientes.

—Hola, mamá.

—Hola, hija... ¿qué tal el nuevo piso? ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

Su madre suspiró al escuchar su tono y Marlena se sintió culpable, pero no podía evitarlo. —Me preguntaba si querías venir a cenar a casa para que...

—Mamá, creo que ya hemos hablado de esto millones de veces.

—Malcom no estará. Solas tú y yo.

Se pasó la mano por la frente. —No creo que sea buena idea.

—Marlena, sé que para ti ha sido muy duro, pero yo quiero recuperar a mi hija.

—Eso ya me ha quedado claro después de estos tres últimos años de llamadas diarias —dijo ácida—. ¡Pero parece que no coges las indirectas! ¡No quiero conocerte! ¡No me interesas! ¡Ni tú, ni el cabrón de tu marido!

Escuchó cómo a su madre se le cortaba el aliento, pero por primera vez iba a decir lo que pensaba. —No sé por qué se te ha ocurrido la brillante idea de que después de que nos abandonarás y pasarás de mí cuando tenía cuatro años, quería volver a verte. ¡He soportado estas llamadas por educación, pero se acabó! ¡Sé que interrogas a mi ayudante sobre lo que hago en mi vida y he perdido la paciencia!

—No la interrogo —dijo su madre con la voz congestionada—. Es que tú no me cuentas nada.

—¡Porque no quiero contarte nada! —gritó perdiendo los nervios—. Cualquier otra persona se hubiera dado por vencida, pero tú insistes en algo que no tiene remedio.

—Hija, no me digas eso. —La angustia de la voz de su madre hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. —Está claro que la mudanza te ha alterado. ¿Quieres que vaya?

—¡No! ¡No quiero verte más! —Su madre se echó a llorar y cerró los ojos apoyando la cadera en el escritorio. —No llores. Será mejor que nos olvidemos de esto. Olvídate de que tienes una hija como hiciste hace años. Es lo mejor para las dos.

Colgó el teléfono y lo dejó caer sobre la agenda quedándose allí durante varios segundos mirando la pantalla. Sintió unas terribles ganas de llorar, pero las reprimió enderezándose y yendo hacia la cocina para terminar su sándwich sin saber que estaba siendo observada.

## Capítulo 2

—¿Qué es esto? —preguntó a su ayudante cuando dejó un paquete ante ella sobre el escritorio.

—No lo sé. —Milly le guiñó un ojo. —Acaba de llegar por mensajero a tu nombre. ¿Tienes un admirador?

—No digas tonterías.

—No seas así. Vive un poco. —Se sentó sobre el escritorio esperando impaciente y Marlena levantó una ceja. —Sí, enseguida me pongo a trabajar. Tengo curiosidad.

Apoyó la espalda sobre el respaldo de su sillón y la observó. Tenían la misma edad, veintisiete años, pero eran totalmente distintas. Milly era morena y algo rellenita. Estaba casada desde hacía cinco años y ya tenía dos niños. Era inteligente y soportaba su carácter. Decía que estaba orgullosa de trabajar para ella. Eso se lo había dicho su madre. Recordando la conversación miró el paquete. —Será de mamá.

Milly perdió la sonrisa. —¿Qué ha pasado?

—Que he cortado por lo sano. Era lo mejor. —Apartó el paquete a un lado y dijo indiferente mirando la pantalla del ordenador. —¿Tengo libre la hora de la comida?

—¿Eso es todo lo que vas a decir? ¿Que has cortado por lo sano?

Los ojos verdes de Marlena la miraron fríamente. —Sí, ¿y?

—¡Esa mujer te adora! ¿Por qué te niegas a aceptarlo?

—Milly, no creo haberte pedido consejo. Vuelve a tu trabajo.

—Claro que volveré al trabajo, pero antes quiero decirte que...

—¡No la conoces! —Se levantó furiosa y Milly la miró con los ojos

como platos. —No tienes ni puta idea de lo que hizo. ¡Te ha contado la lacrimógena historia de su vida y te la has creído!

—Pues cuéntamela tú —susurró asombrada por su reacción.

—No tengo por qué hacerlo. ¡Es mi vida y es privada! ¡Ahora vuelve a tu trabajo!

Milly asintió y caminó hacia la puerta. —Nunca me habías hablado así. —Marlena perdió el color de la cara al darse cuenta de que estaba dolida. — No entiendo por qué quieres aislarte de todo el mundo. Llevo trabajando dos años contigo y nunca has demostrado que te importan los que están a tu alrededor. Pero no puedes evitar que los demás sí nos preocupemos por ti.

Salió dejándola hecha polvo. ¡Mierda! Tiró el bolígrafo sobre la mesa y caminó hacia el enorme ventanal para mirar la ciudad de Nueva York. Se mordió el labio inferior y el pánico apareció de nuevo. Apoyó las manos sobre el alfeizar de la ventana y respiró hondo como le había enseñado su psiquiatra. ¡Maldita sea! ¡Cuando había conseguido llevar una vida medio normal, aparecía su madre en su vida alterándola de nuevo y ahora no podía librarse de ella! Todavía recordaba la primera vez que la había visto después de casi veinte años. Salía del juzgado y atendió a la prensa con una fría sonrisa en los labios. Acababa de ganar su primer caso importante y la repercusión había sido muy positiva para su bufete. Le acababan de decir que sería socia y era un día emocionante. Pero el día no terminó ahí. En cuando se alejó de los de la prensa, la vio. Estaba al final de las escaleras del juzgado mirándola inquieta. Su pelo rojizo estaba cortado por la nuca, y alisado la hacía parecer muy chic. Apretaba la correa de su bolso con fuerza y sus ojos verdes demostraban que estaba muy nerviosa. Marlena, sin reconocerla, pasó a su lado para ir a buscar un taxi y como no le había dicho nada, siguió de largo.

—¿Marli?

Se detuvo en seco y se volvió lentamente para mirarla asombrada. Sólo la llamaba así su madre y la miró de arriba abajo incrédula. Al parecer a Miranda Brown le había ido muy bien después de abandonarlos, porque todo lo que llevaba era de firma. Al mirar sus manos vio los anillos y la alianza que demostraban que le había ido más que bien. La miró a los ojos hirviendo de rabia y siseó —¡No vuelvas a acercarte a mí!

Al ver que se alejaba su madre la cogió por el brazo. —Espera. —Su

angustia la detuvo. —Espera, por favor. Sólo quiero decirte una cosa.

—¡No tienes derecho a decirme nada! —Soltó su brazo enfrentándola. —No sé cómo tienes el descaro de aparecer ante mí.

—Lo sé. Lo sé muy bien, pero al verte en la televisión, no he podido evitarlo. —Se apretó las manos suplicándole con la mirada. —¿Podemos hablar?

—Acaba de una vez —respondió furiosa porque le había estropeado el día más feliz de su carrera.

—No quería hacerte daño... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No pude evitar lo que ocurrió.

—¿Qué no pudiste evitar? —Dio un paso hacia ella amenazante. —¿Tener un amante? ¿Follártelo en nuestra casa? ¿Abandonarme con un padre rencoroso, que me hizo la vida imposible? ¿No llamarme, no verme más? ¿Qué no pudiste evitar, para abandonar a tu hija de cuatro años? —Miranda perdió todo el color de la cara y ella sonrió con desprecio. —Me das asco. Supongo que no te casaste con ese tipo que te tirabas en la cama de tu marido, porque un antenista no podría permitirse un diamante de ese tamaño. ¿Has conseguido una presa mejor? ¿Este también te ata a la cama?

—No lo entiendes.

—¡Lo entiendo muy bien! ¡Eres una zorra que no tiene sentimientos y que prefirió correr detrás de una polla antes de pensar en su hija! —Dio otro paso hacia ella y le susurró al oído demostrando todo el odio que le tenía — Aléjate de mí si no quieres que te destroce. Te lo advierto, como vuelva a verte, haré de tu vida un infierno.

Se volvió sin mirarla de nuevo y se metió en el taxi que se detuvo ante ella. Después de ese encuentro, regresaron las pesadillas y tuvo que volver a terapia. Sólo sabía lo que había pasado su terapeuta y nunca se lo había contado a nadie más. Cuando controló la respiración, miró hacia la puerta y supo que Milly no se lo contaría a nadie, pero era algo tan íntimo que la angustiaba que otra persona lo supiera.

La puerta se abrió sorprendiéndola y Milly entró con la correspondencia en la mano. —No tienes compromisos para la... —Se detuvo cuando vio su cara y cerró la puerta de inmediato. —¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?



Esas preguntas después de cómo le había hablado hacía unos minutos, la emocionaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Marlena, ¿qué pasa? — Dejó las cartas sobre la mesa y la cogió por los brazos. —Ven, siéntate.

—Estoy bien. —Su ayudante fue a por un vaso de agua muy preocupada.

—¿Te encuentras mal? ¿Llamo a un médico? —preguntó mientras bebía.

—Estoy bien.

Se sentó a su lado y cogió el vasito de plástico antes de dejarlo sobre la mesa. Marlena la miró de reojo y Milly sonrió. —¿Quieres hablar? Sé que nunca lo haces, pero llevas dos días algo raros, así que igual tengo suerte.

No pudo evitar sonreír. —Soy difícil de soportar, ¿verdad?

—Eres la persona más tenaz y fuerte que conozco. Eres generosa y cabezota. Inteligente y guapísima. Chica, me pones de los nervios.

Marlena se echó a reír sin poder evitarlo y Milly sonrió. —Así me gusta. Ahora cuéntame lo que te apetezca.

Perdió la sonrisa y se miró las manos. —Nunca se lo he contado a nadie.

—Te juro por lo más sagrado para mí, que son mis hijos, que no se lo contaré a nadie. —La miró y vio sinceridad en sus azules. —Escucho muy bien. Ya lo sabes.

Sonrió indecisa, pero al final tomó aire y se decidió. —Mi madre nos abandonó cuando yo tenía cuatro años. —Milly asintió. —Lo que no sabes es que, aunque yo era muy pequeña, me di cuenta de muchas cosas que ocurrían en mi casa.

—¿Qué tipo de cosas?

—Mis padres... —Volvió la cabeza avergonzada. —No eran normales. Mi madre tenía amantes.

—Entiendo.

Se echó a reír sin ganas. —No, no lo entiendes. Mi madre se acostaba con otros hombres con mi padre en la habitación, mientras yo jugaba en el suelo ante la cama.

Milly abrió los ojos como platos. —¿Qué dices?

Tomó aire y se levantó inquieta. —Eran lo que se llama una pareja abierta. ¿Sabes lo que es?

—Sí, pero delante de ti...

—Ellos lo veían normal y yo casi no tengo recuerdos nítidos de eso. Fue mi psicoterapeuta, quien después de una sesión de hipnosis por mis pesadillas, me lo dijo.

—Continúa.

—Mi madre se fugó con uno de esos amantes. Eso me lo dijo mi padre, que estaba destrozado por la situación. La adoraba —dijo con rabia—. No la pudo olvidar nunca.

—¿Lo pagó contigo?

—¿Que si lo pagó? Hizo de mi vida un auténtico infierno. Después de que mi madre se fuera, se reprimió de tal manera, que se volcó conmigo. Nunca volvió a entrar una mujer en esa casa que no fuera yo y me asfixiaba.

—¿Abusó de ti?

La miró a los ojos negando con la cabeza. —No. Todo lo contrario. Para él todo lo que estuviera relacionado con el sexo se volvió una obsesión y me castigaba si me acercaba a algo relacionado.

—Ponme un ejemplo.

—Un día al volver del colegio encendí la tele mientras merendaba y salió un anuncio de desodorante donde una mujer medio desnuda abrazaba a su pareja. Él entró en el salón y cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando, me dio un bofetón para después encerrarme en la despensa. —Milly estaba horrorizada. —Me tuvo allí hasta el día siguiente. Ni siquiera podía ir al baño, así que imagínate el resultado. Cuando me sacó, me dijo que como me volviera como la zorra de mi madre, me mataba. Tenía siete años.

—Dios mío. —Milly se llevó una mano al pecho escandalizada. —Debió ser horrible.

—Cuando aprendí las reglas, viví tranquila un tiempo, pero cuando llegué a la adolescencia todo le parecía una provocación. Me vigilaba a la salida del instituto para ver con quién hablaba y me llevaba a casa todos los días para asegurarse de que ningún chico se me acercaba. Un día el hijo de

nuestro vecino estaba cortando el césped y me acusó de mirarle por la ventana. Sólo voy a decir que no pude ir al instituto en una semana.

—¿Pero nadie se dio cuenta?

—Yo no se lo contaba a nadie. Mi padre consiguió que no tuviera amigas porque nunca las dejaba que me llamaran ni que vinieran a verme. Mucho menos que yo las visitara en su casa, porque decía que eran unas zorras que sólo pensaban en chicos, así que se fueron alejando pensando yo que era un bicho raro. No vestía como ellas. Incluso cuando hacía mucho calor, tenía que ir en vaqueros y manga larga para evitar provocarle.

—Te maltrataba.

—Sí, me maltrataba. El día que tuve el periodo por primera vez, me dijo que mi naturaleza haría que buscara un hombre para que me montara, pero que antes me mataba a tener una zorra como mi madre por hija.

—Qué horror. —Los ojos de Milly se llenaron de lágrimas. —Lo siento muchísimo.

—Cuando llegó la hora de ir a la Universidad, me lo prohibió diciendo que allí solo había fiestas y hombres. Que se me quitara de la cabeza que iba a ir. Pero con mis notas no podía impedírmelo, porque tenía una beca. Cuando se lo dije, me pegó una paliza que por poco me mata y tuvo que llamar a una ambulancia. Los médicos le denunciaron y terminó en la cárcel por intento de homicidio.

—¿Qué fue de él?

—Murió en prisión. —Tomó aire y miró por la ventana abrazándose.  
—Me envió una carta antes de suicidarse. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.  
—En ella me decía que me quería, pero que no podía soportar ver que me convertía en una zorra como mi madre.

—¡Hijo de puta! —Indignada se levantó. —¡Espero que se pudra en el infierno!

Sonrió con tristeza mientras una lágrima corría por su mejilla. —El día que me dijeron que estaba muerto, fui a mi primera fiesta en la universidad y me acosté con un chico.

Su amiga le acarició el hombro. —Lo pasarías fatal.

—Lo hice para sentirme normal, pero me di cuenta de que no era

normal en absoluto. Entonces empezaron las pesadillas y tuve que comenzar con la terapia. —Se alejó de su ayudante y se sentó tras su mesa. —Ahora ya sabes por qué no quiero ver a mi madre, así que no insistas más, ¿quieres? —Abrió la carpeta del caso Robertson. —Anula mis citas de la tarde. Tengo que ir al médico.

Milly la miró sin saber qué decir. —Lo siento.

Asombrada levantó la cabeza. —¿Por qué?

—Me acabas de demostrar que eres aún más fuerte de lo que yo pensaba y que soy una entrometida. No tenía ningún derecho a juzgar cómo llevas tu vida y lo siento.

—No tienes por qué disculparte. —Se pasó una mano por la mejilla para borrar las lágrimas.

—Pero quiero hacerlo. —Fue hasta la puerta, pero se detuvo antes de abrir. —Si fuera tú, se lo diría a tu madre.

Sorprendida levantó la cabeza. —¿Estás loca?

—Deberías decírselo para que sepa lo que dejó atrás cuando se fue.

—¿Para qué? ¿Para qué se sienta culpable? Eso no serviría de nada.

—¡Para que sepa la verdad y las consecuencias de sus actos!

No pensaba hacerlo y mirándola a los ojos susurró —Anula mis citas, por favor.

—Enseguida. —Milly salió del despacho sabiendo que no quería hablar más del asunto. Había dado un paso de fe enorme al contárselo y lo sabía. Dios, cómo había podido superar una vida así y ser la mujer de éxito en que se había convertido. Milly se sentó en su asiento y una de las secretarias le dejó unos informes sobre la mesa.

—¿La bruja está en el despacho?

—¡Cierra la boca y vuelve a tu trabajo! —La chica se quedó de piedra y se fue a toda pastilla mientras Milly la fulminaba con la mirada. —Será idiota.

Cuando desapareció por la puerta, pensó en todo lo que le había ocurrido a Marlena en su vida y se preguntó si ella lo habría superado. Levantó el teléfono necesitando escuchar la voz de sus padres.

—¿Y cómo te has sentido?

Sentada en su sofá de siempre, miró a su terapeuta. El doctor Smith estaba a punto de jubilarse y ya llevaba muchos años con ella. Sus inteligentes ojos marrones no se perdían ninguna de sus reacciones.

—¿Cuándo se jubila?

—Marlena no desvíes el tema. ¿Cómo te sentiste al contarle a Milly lo que había ocurrido con tu padre?

—Lo preguntó, para saber cuándo se va a terminar esta tortura.

El hombre se echó a reír—Por ti no me jubilaré nunca.

Marlena se emocionó y estiró la mano para coger un pañuelo de la caja.  
—Es muy amable.

—Uy, uy, uy. Veo que estás muy sensible. —Le miró con horror haciéndole reír. —Al parecer tu concha se está resquebrajando y eso es bueno.

—Pues yo estoy hecha una mierda. ¡Me da la sensación de que hago daño a todo el mundo, cuando sólo quiero que me dejen en paz!

El doctor asintió. —¿Cómo te sentiste al hablar con Milly?

—Culpable.

—¿Por qué?

—Me daba la sensación de que traicionaba a mi padre.

—¿Crees que tu padre te quería? —No sabía qué contestar a esa pregunta y miró el pañuelo que tenía entre sus manos. —¿Lo crees?

—Era lo único que le quedaba de ella.

—Y se aferraba a ti.

—Mi padre no estaba bien.

—¿Consideras que era un enfermo?

—Estaba obsesionado con ella. Obsesionado con todo lo que ella le había dicho o le había pedido para satisfacerla.

—¿Consideras que la enferma es ella?

Le miró a los ojos. —¿Por qué tenemos que hablar de ellos? ¡Estoy harta!

—Háblame de tu vida. ¿Qué tal la mudanza?

Entrecerró los ojos mirándole con desconfianza. —¿Por qué?

—Estoy intentando averiguar la razón por la que estás tan sensible.

—¿Y la mudanza tiene que ver?

—Son estresantes. Cuéntame. ¿Qué tal vivir en el Soho? ¿Te gusta la zona?

—Sí, además me encanta el loft. Es lo que siempre he querido.

El doctor Smith sonrió malicioso. —¿Cuántos apartamentos viste antes de decidirte?

—Cuarenta y tres. ¿Por qué?

—Sí que debe ser perfecto. —Intentaba contener la risa. —¿Qué tiene de especial?

—¡Menos cachondeo! ¡Soy concienzuda!

—Sí que lo eres. ¿Te das cuenta de que hoy no colaboras demasiado?

Enfurrñada se cruzó de brazos. —Es grande y abierto. Precioso. Me encanta estar en la cama y ver toda la estancia.

—Sin paredes, ni puertas.

—Sí.

—¿Has hecho una fiesta?

—¡No! —exclamó con horror.

—¿Por qué? Todo el mundo hace una fiesta de inauguración. ¿Por qué no les quieres mostrar tu nueva casa a tus conocidos?

—Es mi espacio. Mío. Y sería perfecto si... —Se detuvo en seco al ver lo que iba a decir.

—¿Si? ¿Qué le falta para ser perfecto? —Se sonrojó ligeramente y eso intrigó al psiquiatra. —¿Marlena?

—Tengo un vecino enfrente que es un cotilla —dijo molesta.

—¿No me digas?

—Siempre está mirando todo lo que hago. Sólo llevo cuatro días en el loft y ya le he pillado varias veces.

—¿Qué hace? ¿Sólo te mira?

—Corre en la cinta... se toma un café... debe pensar que está viendo un reality o algo así. —Se encogió de hombros aparentando que no le daba importancia.

—A mí me molestaría mucho que me observaran. ¿Has comprado cortinas?

—¿Está loco? ¡No he comprado esa casa para ponerle cortinas!

—¿Y por la noche?

—Siempre me levanto temprano. No me molesta la luz. Me gusta ir por la casa con luz natural. Odio las cortinas, me dan la sensación de encierro.

—Menuda mala suerte comprar una casa y encontrarte con un vecino molesto.

—No, si lo había visto antes de comprar... —El doctor reprimió una sonrisa escribiendo en su block, pero ella no se dio cuenta pensando en su vecino. —Es extraño. El sábado por la noche estaba en la cama y vi que encendía las luces al llegar a casa. Era de madrugada e iba acompañado. Sólo la vi de espaldas durante un segundo, pero ...

—¿Pero qué?

Le miró a los ojos. —Podría haber sido yo.

—¿A qué te refieres?

—De espaldas podría haber sido yo. Era pelirroja y su pelo era rizado.

—¿Crees que le gustas?

—Igual me parezco a su novia. No lo sé.

—¿Piensas comprar cortinas?

—Ni hablar, ya se aburrirá. Mi vida no es precisamente emocionante.

—¿Qué sientes cuando te observa?

—Me pone nerviosa.

—¿Nerviosa? Tú nunca te pones nerviosa.

—No sé. No son nervios de tengo un examen. —El doctor sonrió. —  
Son de otro tipo.

—Te excita.

—¡No!

—¿No te excita que te mire?

Se sonrojó intensamente. —¡No!

—No sería algo malo. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó preocupado.

—¡No me excita! ¡Me pone nerviosa!

—Ya lo veo. Descríbeme cómo es.

—¿Por qué?

—Curiosidad, supongo.

—Es moreno y alto. —El doctor asintió. —Practica deporte y tiene los músculos muy marcados —susurró pensando en él—. Sus ojos negros están rodeados por unas pestañas larguísimas y en su barbilla tiene una pequeña cicatriz. —Señaló la suya. —Aquí. Se afeita dos veces al día y viste de manera clásica. Nada de camisas de flores ni nada por el estilo. Debe ser bróker o algo así. Esta mañana se puso un traje gris con corbata roja sobre la camisa blanca.

—Es atractivo.

—Es un cañón.

El señor Smith se echó a reír. —¿Y dices que no te excita? Es normal que si te mira, te sientas halagada.

Se puso como un tomate. —Bueno, puede que me guste un poco que lo haga. —Avergonzada preguntó —¿Estoy mal de la cabeza?

—¡No! —La miró fijamente. —¿Te das cuenta de que no te muestras a nadie y a ese hombre le estás mostrando tu vida? A través de un cristal, pero lo estás haciendo.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es estupendo. Un avance fantástico.



Marlena hizo una mueca. Ella no lo veía para tanto. ¡Si sólo la observaba mientras miraba la tele y trabajaba! Esa mañana la había visto desayunar. Tampoco era para tanto.

—Si usted lo dice...

—Volvamos al tema de tu madre. ¿Vas a seguir el consejo de Milly? —Negó con la cabeza zanjando el asunto. —Creo que te vendría bien. ¿Te importaría pensártelo esta semana?

—¿Tengo que hacerlo?

—Sé que quieres olvidarte de todo y seguir con tu vida, pero creo que deberías descubrir por qué tu madre se fue, en lugar de mantener esta relación durante años simplemente para castigarla.

Abrió los ojos como platos. —¿Castigarla?

—No lo haces conscientemente, pero al mantener una relación en la que la estás rechazando continuamente y ella sigue llamándote, sólo consigues castigarla una y otra vez. Piénsalo. He de reconocer que es muy valiente, porque yo me hubiera dado por vencido hace un par de años.

—¿Ve cómo me hacen sentir culpable?

El doctor Smith se echó a reír asintiendo. —Piénsalo. Ha llegado la hora de enfrentarse al pasado para empezar tu futuro. Y me parece que va a ser de lo más interesante.

Molesta se levantó cogiendo su bolso. —No debería pagarle. ¡Después de tantos años no me ha curado! ¿Qué clase de psiquiatra es usted?

—No necesitas cura. —La cogió por el hombro para volverla y que le mirara a los ojos. —Estás muy cuerda. Más que la mayoría de los neoyorkinos. ¿Me admites un consejo?

—Claro.

—Si no vas a poner cortinas, muéstrate realmente como eres por una vez. Estás en tu casa. Libérate.

## Capítulo 3

Pensando en esa frase entró en su casa, dejó su bolso en el perchero al lado de la puerta y tiró las llaves sobre el cuenco de plata que estaba en el aparador. Que se liberara. Distraída se quitó la chaqueta del traje y los zapatos. ¿Qué había querido decir? Claro que se liberaba en casa. ¿Quién no lo hacía? Sin darse cuenta llevó las manos hasta la cinturilla de la falda y se bajó la cremallera, dejándola caer antes de subir los escalones desabrochándose la blusa en el cierre que tenía en la espalda y entrar en el vestidor. Se detuvo en seco cuando se quitó la blusa y volvió a la habitación con ella en la mano mirando la ropa en el suelo. Parpadeó asombrada. ¡Ella nunca hacía eso! Asustada bajó los escalones corriendo y la recogió antes de volver hasta el vestidor. Nerviosa tiró la ropa en el cesto de la ropa sucia y entró en el baño.

—No pasa nada —susurró abriendo el agua de la ducha—. Ha sido una liberación inconsciente que no va a volver a pasar. Seguro que las palabras del doctor te han influido.

Se quitó la ropa interior y entró bajo el agua cerrando la mampara tras ella sin esperar a que estuviera caliente. Suspiró levantando la cara, dejando que el agua la relajara. Era cierto que había pasado unos días un poco estresantes. Además, tenía mucho trabajo con el caso Robinson. Sonrió levantando los brazos y sacando el champú del dispensador. Se enjabonó la cabellera pensando que después del juicio se tomaría unas buenas vacaciones. Ya estaba bien de trabajar tanto. No tenía deudas porque el piso lo había pagado con los ahorros y con el dinero de la venta de la casa de sus padres. Ya era hora de que se tomara un descanso después de trabajar tanto. Estaba pasando la esponja sobre su cuerpo cuando se giró y vio algo sobre el lavabo al lado del grifo. Pasó la mano por la mampara para quitar el vaho y frunció el ceño al ver lo que parecía un paquetito negro. Asustada cerró el agua y

salió de la ducha a toda prisa cogiendo la toalla. Se cubrió con ella cerrándola por encima de su pecho mientras se acercaba al lavabo. Su corazón se aceleró al ver que era un paquetito rectangular envuelto en un papel de regalo negro con un lacito dorado. ¡Habían entrado en su casa! Corrió fuera de la habitación y bajo de un salto los escalones para llegar hasta la puerta. La abrió para comprobar que la cerradura estaba bien y que no había sido forzada. Todo estaba perfecto. Nerviosa miró a su alrededor cerrando la puerta y asegurando los cerrojos. Caminando sobre el parqué, llegó al centro del salón y lentamente llegó a la cocina donde cogió un cuchillo de encima de la península antes de rodearla. Se acercó a la puerta del cuarto de la lavadora y escuchó con la respiración agitada. Abrió de golpe con el cuchillo en la mano, cerrando de nuevo cuando comprobó que no había nadie. Salió de la zona de la cocina y miró a su alrededor. Desde allí se veía debajo de la cama y no había nadie escondido. ¿Se estaba volviendo loca? Entonces recordó el paquete que no había abierto en la oficina y corrió hacia su bolso. Llamó a Milly de inmediato pues todavía no eran las cinco e impaciente miró a su alrededor.

—Hola. ¿Qué tal el médico?

—Milly, ¿el paquete que me han enviado esta mañana sigue sobre mi mesa?

—Marlena, ¿ocurre algo?

—Por favor, vete a ver.

—Sí, claro. —Escuchó como se movía entrando en su despacho. —No lo has abierto. Yo sería incapaz de aguantar la intriga.

—Es negro con un lazo dorado, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Han entrado en mi apartamento y me han dejado uno parecido en el baño.

—¿Llamo a la policía?

—Envíame un cerrajero para que me cambie las cerraduras de inmediato y avisa a alguien para que me ponga una alarma.

—Voy para allá.

Asustada miró a su alrededor. —Seguro que no es nada.

—Voy para allá. Llama a la policía mientras arreglo lo de la alarma.

Colgó el teléfono sin escuchar su réplica y Marlina tragó saliva sintiéndose insegura. Nunca se sentía así. Que hubieran invadido su espacio, era algo que la alteraba muchísimo. Lentamente subió los escalones y caminó hacia el baño. Desde la puerta vio el paquete sin saber si llamar a la policía. Igual era una broma y metía a alguien en un lío. ¿Y si se lo había subido el portero? El portero no lo dejaría en el baño. Era un espacio muy personal. El más personal de la casa después de la cama. Lo cogió entre el índice y el pulgar. —No seas dramática, Marlina. —Rompió el envoltorio y se encontró con una caja de jabón. Asombrada vio que era el jabón francés que usaba para lavarse la cara con olor a lavanda. Recordó que el día anterior había ido a una perfumería del centro a comprarlo y que no lo tenían. ¡La estaban siguiendo!

Salió corriendo del baño y entró en el vestidor. Se puso unos vaqueros y una camiseta. Sacó su cabello húmedo cogiendo el teléfono y marcó el número de la policía.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Han allanado mi casa. —Miró a su alrededor saliendo a su dormitorio. —Mi dirección es... —Sus ojos se encontraron con los de su vecino, que se estaba quitando la chaqueta del traje, y lo supo. Perdió el aliento viendo el deseo en sus ojos y al mirar sus labios, separó los suyos sin darse cuenta.

—¿Señorita?

—Déjelo —contestó casi sin voz. Colgó el teléfono y él sonrió antes de volverse para alejarse. Esa sonrisa provocó en su cuerpo mil cosas. Su corazón palpité y sintió un estremecimiento en el vientre que la hizo gemir de necesidad. Apenas un suspiro salió de sus labios, pero para ella fue aterrador.

Le sonó el teléfono sobresaltándola y descolgó de inmediato. —¿Diga?

—¿Has llamado a la policía?

—No pasa nada. Lo ha subido el portero que tiene llave.

Milly se echó a reír. —Es que no estás acostumbrada al portero.

—Sí. Me he llevado un susto tonto para nada. —Miró hacia el ventanal y él no estaba allí.

—¿Entonces anulo el cambio de cerraduras?

Lo pensó seriamente. Una cosa era que hubiera entrado para dejar un regalo inofensivo y otra que entrara cuando le diera la gana. —No. ¿Has llamado para lo de la alarma?

—Sí, irán en una hora. He dicho que es urgente. —Por el tono de su voz su amiga se puso seria. —¿Estás segura de que todo va bien?

—Sí, es que no sé quién tiene la llave y así me quedo tranquila.

—Muy bien. Voy enseguida y te llevo el paquete.

—Gracias, Milly.

—No es nada. Me queda de camino.

Colgó el teléfono y volvió al baño. Cogió la caja del cajón y la abrió sonriendo sin darse cuenta. Aspiró su aroma emocionada porque se la había regalado él. Era incomprensible, pero hacía mucho tiempo que nadie le regalaba nada y esa tontería la hacía sentir bien. Cerró la cajita con cuidado cuando normalmente dejaba la pastilla en la jabonera y tiraba la caja. Guardó la caja en el vestidor, en el cajón de la ropa interior, sabiendo que ese jabón no lo usaría. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo susurró —¡Estás perdiendo la cabeza! Ha allanado tu casa y tú guardas su regalo como si fuera un tesoro o algo así.

Molesta consigo misma volvió a coger la cajita y la llevó al baño, pero cuando la iba a abrir se dijo —Es mejor que la guardes como prueba. Por si acaso.

Volvió a guardarla en el cajón de la ropa interior, pensando que dejaría buen olor. Un olor que le recordaría a él. Sin profundizar en el tema, salió del vestidor y fue hasta su escritorio. Al sentarse miró de reojo el ventanal a su izquierda. Como no estaba observándola, respiró más tranquila y se puso a trabajar, conectando su ordenador con el de la oficina. Estaba inmersa en la demanda cuando llamaron al timbre y sobresaltada miró al ventanal. Él estaba sentado en el sofá hablando por el móvil y disimulando se levantó del escritorio para ir a abrir. Milly entró en la casa impresionada. —Vaya... —Le dio la bolsa con el bolso y divertida la vio mirar a su alrededor. —Es precioso.

—Gracias. —Cerró la puerta y dejó las cosas sobre el aparador.

—Y cuanta luz... esos ventanales son impresionantes. —Miró hacia la calle que apenas tenía tráfico. —¿Era una fábrica?

—Sí. De papel. —Se acercó a la cocina y abrió la nevera. —¿Una cerveza?

—¿Un refresco de cola?

—Por supuesto. —Sacó una lata de Coca-Cola y la puso sobre la encimera después de colocar un vaso de cristal tallado a su lado.

Milly seguía mirando a su alrededor. —Cuanto espacio... me encanta.

Se echó a reír. —Es que yo no tengo niños.

Su ayudante hizo una mueca. —Si quieres perder la intimidad, ten un hijo. Te lo encuentras en todos los sitios. El otro día tuve que sacar a Spencer de la lavadora. —Abrió los ojos como platos. —Y tenía la tapa cerrada. Me dio un susto de muerte. —Se rió con ganas y cogió una Coca-Cola para ella. —Esos cuadros son impresionantes. Aquí lucen mucho más.

—Me encanta ese pintor. —Miró el cuadro que tenía colgado en la zona de despacho.

—¿Qué significan?

—No tengo ni idea. No entiendo la pintura abstracta.

—Yo tampoco. —Se volvió y se sentó en uno de los taburetes ante ella. —¿Qué era?

—¿Qué era?

—¿El paquete?

—Ah. —Disimuló bebiendo de su refresco. —Nada.

—¡No fastidies! —La miró maliciosa. —Dime, mi vida es demasiado aburrida. Esto es lo más emocionante que he vivido en meses. ¿Tienes un admirador?

Nunca había compartido esas cosas con nadie y contarle eso, después de lo de esa mañana, le parecía una tontería. Miró de reojo al ventanal y no le vio, así que se acercó a ella. —Me ha regalado una pastilla de mi jabón favorito.

Milly la miró pasmada. —Eso es que te conoce muy bien.

—O que me ha seguido. Ayer fui a comprar una, pero se les había agotado donde la compro siempre.

—Y fue a otro sitio a comprártela. Qué romántico.

—¿Crees que es romántico?

—Entre romántico y acojonante. —Se echó a reír. —Hablo en serio. Podría ser un psicópata. Eres una mujer que llama la atención y hay mucho pirado suelto.

—En eso tienes razón.

—Pero por otro lado es tan romántico. Un amor en la distancia. El misterio te debe estar matando.

La verdad es que era emocionante y sonrió asintiendo sin querer decirle que sabía quién era, pero Milly la conocía muy bien. —¿Sabes quién es?

—No estoy segura. —Cogió su refresco y fue hasta el sofá con su ayudante siguiéndola.

—¡Vamos, no fastidies! ¿No será Harry Cadwell? Sé que está loquito por ti. —¿Sería Cadwell? Sí, iba a cambiar las cerraduras por si acaso. — También puede ser el jefazo.

—No es Lucas. ¡Si me lleva veinte años!

—¿Y qué? Siempre te está halagando.

—¿Será que soy buena en lo que hago?

—Eso también. —Su ayudante pensó en ello. —Tiene que ser del trabajo.

—¿Por qué?

—¡Porque no sales de casa!

Se sonrojó al saber que era cierto. La mayoría de las veces que salía, iba sola a todos los sitios. Casi siempre era al cine porque le encantaba. Estaba tan acostumbrada a estar sola, que ya no le daba importancia.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has tenido una cita?

—¡No seas cotilla!

—¡Seguro que ha pasado más de un año! ¡Ya lo sé! Fue aquel tipo que despreciabas. El que conociste en la fiesta de Navidad de la empresa.

—¡No despreciaba a Colton! Era un hombre inteligente y...

—Era un idiota. Estaba bueno, pero era idiota. ¿Cómo era en la cama?

Se puso como un tomate y Milly entrecerró los ojos. —Seguro que era una fiera. Tenía ese aura primitivo, que hace que a una se le caigan las bragas de la impresión.

—¡Serás bruta! —Incómoda bebió de su refresco.

—¡No puede ser! ¿Era una seta en la cama?

—No era una seta en la cama, pero...

Milly la miró con la boca abierta. —No te corrías.

—¿Será posible? ¿Desde cuándo hablas así? —Avergonzada se levantó. —¿Cuándo llega el cerrajero?

—Así hablan las amigas. Sé que no estás acostumbrada, pero vete haciéndote a la idea. Y hablamos de todo. El sexo con nuestras parejas es un tema que sale a menudo.

—¿Y cómo te va a ti con Jerry?

—Es un león en la cama —dijo maliciosa—. Ahora está perdiendo algo de fuelle, pero le animo en cuanto encasqueto los niños a mi suegra.

—Increíble.

—Venga, suéltalo. ¿No te corrías?

—No. Pero mi psicoanalista dice que es lógico después de reprimirme tanto.

Milly asintió. —¿Nunca te has corrido?

—Oh, por Dios.

—¿Ni sola?

—¿Sola? —Se quería morir. —¿No tienes que irte?

—¿Me estás echando?

—Tengo trabajo. —Se volvió hacia el escritorio.

—¡Eso sí que no! Vamos a tener al menos veinte minutos de conversación de amigas. —Su ayudante se levantó y la cogió por los hombros girándola y obligándola a ir hacia el sofá. —Puedes trabajar más tarde. —Se



sentó a su lado y sonrió de oreja a oreja —Estoy esperando.

—No, no me corría. ¿Contenta?

—¿Y tú?

—¡Yo no hago eso!

—¿Y qué dice tu psicoanalista?

—Que no me reprima.

—Yo lo hago a menudo.

—Esa es demasiada información.

Intentó levantarse, pero Milly la cogió del hombro y la obligó a sentarse. —Deberías probarlo. Es desestresante.

—Desestresante. ¿Te parezco estresada?

—Conocer tu cuerpo es importante. Te voy a regalar un juguetito que te va a encantar.

—Ni hablar. No pienso utilizarlo, así que no gastes tu dinero.

—¿Lo has intentado alguna vez? —No sabía dónde meterse de la vergüenza y Milly apretó los labios. —Entiendo.

—Lo intenté una vez después de estar con un hombre, pero no llegué —susurró incómoda.

La observó varios segundos y susurró —¿Por qué no le preguntas a tu madre?

—¡Lo que me faltaba por oír!

—Ella es muy abierta sexualmente e igual puede ayudarte. Tienes que tener en cuenta el ambiente en que te criaste y...

En ese momento sonó el telefonillo y se levantó de golpe. —¡El cerrajero!

—Vale, te dejo en paz. Pero piénsalo, ¿quieres? Es algo que debes resolver. Ya verás lo bien que te quedas después de una buena sesión de...

—¡Milly!

Abrió la puerta y sonrió al cerrajero, que en cuanto la vio dejó caer la mandíbula de la sorpresa. Con el pelo húmedo y sin maquillar, estaba

preciosa. —¿Viene a cambiar las cerraduras?

Milly soltó una risita desde el sofá mientras el hombre la miraba de arriba abajo. —Pase. —El tipo entró dejando su caja de herramientas. —La puerta está aquí. —Milly se echó a reír a carcajadas y ella le fulminó con la mirada—¿No tienes nada que hacer?

—No fastidies, jefa. Esto es mejor que bañar a mis hijos.

—¿Qué quiere que le haga? —preguntó aquel imbécil que no dejaba de mirarla embobado.

Puso los ojos en blanco perdiendo la paciencia. —Milly...

Su ayudante vio que estaba al límite y se levantó a toda prisa. —Cambie las cerraduras. Las más seguras del mercado, ¿me ha oído?

El tipo asintió mirando la puerta. —Ya tiene las más seguras del mercado.

—Pero quiero que las cambie.

—Esta cerradura sólo se abre con la llave, señorita.

—Pero no sé quién tiene la llave.

—Ah, se acaba de mudar.

—¡Sí! —respondieron las dos a la vez.

—Haberlo dicho antes... —Sonriendo sacó el destornillador y quitó un tornillo. —¿Me dejan la llave?

Fue hasta el aparador y cogió las llaves para entregársela. Vio la bolsa con el paquete y lo sacó. Milly se acercó a ella intrigada al ver que lo abría. —No seas cotilla. —susurró empujándola con el codo.

—Sí, que me voy a quedar con las ganas de saber lo que es. Ábrelo de una vez.

Exasperada rasgó el papel y miró sobre su hombro para ver que su vecino estaba en la cinta de correr sin perder detalle. Claro, como por la mañana no había hecho ejercicio, lo hacía ahora. Milly siguió la dirección de su mirada y abrió los ojos como platos. —¡No fastidies!

—¿Qué? —Avergonzada abrió el envoltorio sin mirarla.

—¿Es tu vecino? —susurró para que el cerrajero no se enterara.

—No lo sé.

Abrió la caja y la cerró de golpe muerta de la vergüenza. Milly le apartó la mano para levantar la tapa lentamente como si lo que hubiera dentro le fuera a saltar en la cara en cualquier momento. Se echó a reír al verlo y la cerró como si nada. —¿Sabes lo que es?

—No soy idiota. —Cogió la caja y fue hasta su dormitorio metiéndolo en el primer cajón de la mesilla de noche.

—Mira, me acaba de ahorrar un dinero.

—Eso no ha sido nada romántico. —Volvió al sofá y ni miró a su vecino mientras se sentaba molesta.

Su amiga la siguió y dijo —Está buenísimo.

—¿Quién?

—No te hagas la tonta, que a mí no me la das. No te quita ojo. Parece algo molesto.

Se volvió para mirarle sin poder evitarlo y era cierto. Estaba cabreado. Eso le confirmó que había sido él quien había entrado en su casa. Pensando en ello volvió la mirada hacia su amiga. A ver si era un psicópata y estaba en un lío.

—Te he mentido.

—¿En qué? —Intrigada se acercó más.

—El paquete del jabón no lo ha subido el portero.

Milly abrió los ojos como platos. —¿Ha sido él?

—Creo que sí, pero no estoy segura.

—Pero si está buenísimo. Ese tiene todas las tías que quiera. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—No estoy segura. Pero me observa. Como ahora. Creía que para él era como ver la tele, pero ha entrado en mi casa.

—Pues está claro que no le gusta un pelo que cambies la cerradura. Está cabreado.

Se mordió el labio inferior y cuando volvió a mirar no estaba. Asustada se levantó y no le vio por ningún sitio. —¿Qué ocurre?

—Siempre corre cuarenta minutos.

—Al parecer tú también le tienes controlado.

—No tiene gracia, Milly. —Se acercó al ventanal, pero no le veía. Sólo veía el enorme salón de estilo moderno. Los sofás de piel negra estaban vacíos.

—Estará en la cocina.

—¿En mitad de carrera? Además, la botella de agua está en la cinta.

Marlena señaló el aparato y la botella de agua estaba allí. Inquieta miró a su amiga. —¿Habré metido la pata?

—¿A qué te refieres?

—¡No lo sé!

Su ayudante entrecerró los ojos. —Te gusta. Quieres su atención y crees que te has equivocado al llamar al cerrajero.

—No quiero su atención.

—Claro que sí. Yo hubiera puesto cortinas y hubiera llamado a la policía. Pero a ti te gusta.

—¿Eso es malo?

—Dios mío, tienes un lío mental que no sabes ni por dónde andas. —La cogió por el brazo y la sentó en el sofá. —Punto uno. No es malo que un hombre así te parezca atractivo.

—¿No?

—Punto dos. ¡No se entra en las casas ajenas sin permiso!

Asintió mirando hacia el ventanal. Sabía que había hecho algo mal. Estaba enfadado. Lo único que sabía era que no quería dejar de sentir lo que experimentaba cuando la miraba. —Punto tres. ¡Un tío al que le gustas, se acerca y te pide un polvo como se ha hecho de toda la vida! No se envían unas bolas chinas. Que por cierto son fantásticas. Tienes que probarlas. Vas a flipar.

—Tienes razón. Hago bien cambiando las cerraduras.

—Claro que sí. ¿Cómo habrá conseguido la llave? —preguntó intrigada.

—Por este piso ha pasado mucha gente por la reforma.

—Pues nada. Si quiere algo, que sea un hombre y se acerque. Igual tiene voz de pito y huyes horrorizada.

—Esto ya está —dijo el cerrajero metiendo el destornillador en la caja de herramientas.

—¿Ya? —preguntó asombrada acercándose—. Si no ha estado ni diez minutos.

—Y me han sobrado cinco, pero su conversación era tan interesante que cualquiera se la pierde.

—¡Milly!

—¿Cuánto es, cotilla?

—Ciento setenta pavos. Aquí tiene las llaves nuevas.

Su secretaria le arrebató las llaves. —Un poco caro, ¿no?

—Es una cerradura muy cara.

—Quiero factura —dijo Milly cogiendo la cartera de su bolso.

—Claro. —Sacó un talonario y un bolígrafo. Estaba escribiendo cuando dijo —¿Quieren saber mi opinión?

—¡No! —Contestaron las dos a la vez.

—Pues se la voy a dar igual. Si ha entrado en su casa, no se detiene ante nada. Si no quiere nada con ese tipo... —Arrancó la factura del talonario. —Múdese.

—Si yo no quiero nada, no habrá nada. La ley me ampara.

—Ha entrado en su casa. Creo que la ley le importa poco. —Cogió el dinero que le tendía. —Van cien pavos a que me lo encuentre al salir y me pide un duplicado de la llave.

Las chicas se miraron. —¿La puede conseguir de otro modo? —preguntó Milly.

—Yo soy legal, pero puede que encuentre a alguien con menos escrúpulos. —La miró a los ojos. —Yo que usted no le daba la llave al portero. Por si acaso.

Milly le tendió una tarjeta. —Si se lo encuentra, llámeme. Quiero saber

lo que le ofrece.

El tipo sonrió cogiendo la tarjeta y cien pavos de más que ofreció su ayudante. —Ha sido un placer. —Iba a salir cuando se detuvo mirando a Marlana. —Por cierto. Una alarma no estaría de más.

—Estarán al llegar —dijo inquieta.

—Y compre cortinas. Que pille la indirecta. Puede que se sienta animado al estar tan expuesta.

—Gracias —susurró volviéndose.

Milly cerró la puerta preocupada. —No te pongas así. Seguro que estamos exagerando.

Debía estar loca. ¿Cómo se dejaba observar durante días como si fuera algo normal? Definitivamente estaba mal de la cabeza. Se sentó en el sofá y apoyó los codos sobre las rodillas sintiéndose hundida. Milly la observó apartarse el cabello de la cara mientras miraba el suelo. —No te pongas así. —Se sentó a su lado. —¿Qué ocurre?

—No lo sé. —Sonrió sin ganas. —Mi terapeuta me ha dicho que nunca me muestro a nadie y a él...

—Se lo estás mostrando todo —susurró pensativa—. ¿Lo ve positivo?

—Sí, incluso me dijo que me liberara. Que era un paso adelante. Y ahora pasa esto.

—Ha invadido tu espacio.

—Por un lado, me siento amenazada, pero por otro...

—Llama a tu madre, Marlana. Hablo en serio. Ella puede ayudarte mucho por primera vez en tu vida. —La miró indecisa. —Yo no te puedo ayudar y creo que tu terapeuta tampoco. Ese doctor no sabe que ha entrado en tu casa y me parece que ese vecino tuyo juega en ligas mayores. Que te regale las bolas chinas, significa que es muy directo respecto al sexo. Habla con alguien que sepa lo que puede estar pasando.

En ese momento llamaron a la puerta a la vez que el teléfono de Milly empezaba a sonar. Milly fue a por su teléfono mientras ella abría a los de la alarma. Estuvo hablando un rato con ellos diciéndoles lo que quería. Al mirar al ventanal no le vio y se sintió decepcionada sin saber por qué.

Los chicos bajaron a por el material a la furgoneta y Milly se acercó diciéndole. —Mil quinientos.

—¿Eso es lo que cuesta la alarma?

—Es lo que cuesta tu llave.

Abrió los ojos como platos. —¿Le ha ofrecido mil quinientos?

—Le ofreció mil y nuestro chico le ha dicho que él no trabaja así. Entonces le ha ofrecido mil quinientos. Le ha contestado que no se vende algo así. Que quería dormir tranquilo por las noches. Al parecer tu vecino le dijo que por eso no tenía que preocuparse.

—¿Y qué le respondió?

—Que te pidiera una cita como todos los hombres que se visten por los pies. Al parecer tu vecino sonrió irónico antes de soltarle que tú no eres como todas las mujeres.

Se quedó de piedra al escuchar eso. —¿Qué?

—Me da la sensación de que te conoce muy bien, Marlena. Habla con tu madre.

Asustada fue hasta su bolso y sacó su móvil. Cuando se estaba poniendo el teléfono al oído, miró hacia el ventanal y allí estaba. Sonriendo irónico como si supiera algo que ella no sabía.

—Joder, estará buenísimo, pero esto empieza a poner los pelos de punta —susurró su amiga.

Furiosa fue hasta la ventana. Se miraron a los ojos retándose y susurró —Déjalo aquí. —Él sonrió ampliamente antes de girarse y alejarse de la ventana.

—Madre mía, se me acaban de caer las bragas de gusto.

Miró a su amiga sintiendo lo mismo justo cuando su madre respondía —¿Hija? ¿Estás bien?

—Necesito que vengas ahora mismo.

—¡Estoy en Boston! —dijo muy nerviosa—. Me subo al primer avión y

...

—No, déjalo. No pasa nada. —Colgó el teléfono y apretó los labios disgustada. Nunca había podido contar con ella.

—No está en la ciudad.

—Está en Boston. —Se encogió de hombros aparentando indiferencia. —Es lo que tiene al estar casada con un importante empresario. Que viaja mucho.

La ironía de su voz no le pasó desapercibida a Milly. —No es justo. Nunca le haces caso y es normal que siga con su vida.

—¿No lo ha hecho siempre? —Agotada emocionalmente se dejó caer en el sofá. —Da igual. Voy a comprar unas cortinas y asunto arreglado. Pillará la indirecta. —Milly asintió. —Vete a casa. Tienes una familia esperándote.

—No, me quedo.

—De verdad, Milly. Necesito estar sola. —Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Deja el trabajo por hoy y acuéstate temprano. —Se acercó y le dio un beso en la frente sorprendiéndola. —¡Las amigas se despiden con besos en las mejillas!

—¡Nos vemos todo el día!

Milly se echó a reír yendo a por su bolso. —Duerme bien. Mañana es un día duro. El día antes del primer día de juicio siempre te tensas un poco.

Sonrió viéndola salir. —¡Gracias!

Le guiñó un ojo saliendo del apartamento y Marlena suspiró cerrando los ojos de nuevo.



## Capítulo 4

Después de unos minutos escuchó ruidos en el hall y se levantó para ver llegar a los técnicos, que se pusieron a trabajar de inmediato. En menos de quince minutos le colocaron una alarma al lado de la entrada conectada a la puerta. Otro de los técnicos abrió el ventanal, que eran de los que se abrían hacia adelante, y sacó medio cuerpo para mirar hacia abajo. —No hay escalera de incendios, jefe.

El jefe siseó —Malditos apartamentos en fábricas. —Sacó la cabeza y miró al exterior jurando por lo bajo.

—¿Ocurre algo?

El hombre se metió en casa y apretó los labios. —Mire, no tiene vía de escape en caso de incendio.

—¿Qué?

—En algunas de estas fábricas se hicieron apartamentos hace años, cuando la regulación no era tan exigente, y como respetaron las fachadas, muchos no tienen escaleras de incendios.

—Entiendo.

—Debería hablar con el portero para preguntar si tienen sensores de calor en el edificio, porque en caso de incendio esto es una ratonera.

—Mierda. —Se pasó la mano por sus rizos pelirrojos apartándolos de la cara.

—Si se incendia el piso inferior...

Asintió mirando la fachada del edificio de enfrente y vio que su vecino tenía escalera de incendios. Sacó la cabeza y vio que el piso de al lado la tenía. —Me ha tocado el que no tiene.

—Espero que su vecino esté en casa en ese momento, si llega a ocurrir. Que esperemos que no.

—Jefe, entonces nos olvidamos de las ventanas —dijo el de la puerta—. Por ahí no pueden entrar.

—Sí, en cuanto terminéis ahí, recoger. —Sonrió tranquilizándola. —No se preocupe, se lo he dicho por si acaso. Más vale prevenir.

—Gracias. No me había dado cuenta cuando lo compré.

—Suele pasar. Venga, que le explico cómo funciona la alarma.

El sistema era sencillo. Cuando saliera, tenía que conectarla dándole al botón rojo y cuando entraba, tenía quince segundos para meter la clave. Si se iba a dormir, pulsaba el botón rojo y antes de salir por la mañana pulsaba la clave.

—Espero acostumbrarme.

—En una semana lo hará mecánicamente. —Le tendió algo que parecía un mando de garaje.

—¿Qué es?

—Póngalo cerca de la cama. El botón rojo es el botón del pánico. En cuanto lo pulse, la llamarán de la central. Muchos ancianos los utilizan cuando se encuentran mal y llamamos a emergencias. Pero en su caso es por si entra alguien en la casa y la alarma no está conectada. Imagínese que la atacan cuando sale de casa. —Marlena asintió. —Pues corre hasta la cama y pulsa el botón. La llamarán en tres segundos porque la llamada la realiza el ordenador.

—Esto me pone los pelos de punta.

—Le aseguro que ahora está mucho más protegida que hace diez minutos.

Le explicó cómo tenía que actuar si sonaba la alarma y llamó al centro para que diera sus datos y la clave. No tenía que estar relacionada con ella. Una palabra al azar que recordara siempre. —Tiovivo —le dijo a la operadora.

—Su clave queda registrada, señorita Brown. Si tiene alguna duda, no dude en llamar al teléfono que tiene en la pegatina de la alarma.

—Gracias.

—Buenas tardes.

Colgó el teléfono y se acercó al hombre, que se había alejado para tener privacidad con la operadora. —Ya está.

—Estupendo. ¿Tiene alguna duda?

—No. Es simple.

—Antes eran más complicadas, pero ahora son más simples que un móvil. —Escribió algo en el albarán. —¿Puede firmar aquí? Es para que la compañía confirme que le hemos colocado la alarma.

—¿Y la factura?

—Se lo cargarán todo en cuenta.

—Gracias por darse tanta prisa.

—Si tiene dudas ...

—Llamaré a ese número.

El hombre sonrió agradablemente. —Buenas tardes.

Cerró la puerta y suspiró apoyándose en ella. Se sintió encerrada en su propia casa y en su mente apareció la cara de su padre, gritándole que era una zorra antes de cerrar ante ella la puerta de la despensa. Se dejó caer al suelo y se abrazó las piernas echándose a llorar. Empezó a oscurecer, pero ella no se movió intentando controlarse. Hacía tanto tiempo que no pasaba por una crisis así, que se angustió aún más. Nunca sería alguien normal, pero había creído que al menos podría dejar aquello atrás e intentar ser feliz.

El sonido del teléfono hizo que levantara la cabeza y se dio cuenta que su vecino tenía la luz encendida y la observaba con el teléfono en el oído. ¡No podía ser él! ¿Cómo iba a saber su número?

Se levantó a toda prisa y entró en el baño, cerrando con pestillo, intentando huir de todo. El teléfono dejó de sonar en cuanto se encerró y gimió susurrando angustiada —Por favor. Déjame... ahora no.

Tardó horas en salir del baño y cuando lo hizo, se arrastró hasta la cama. Poniéndose de costado en la oscuridad de su apartamento, vio su luz apagada antes de cerrar los ojos.

Se quedó dormida y la despertó el sonido de su telefonillo.

Desorientada se sentó en la cama para ver que no había amanecido. El telefonillo volvió a sonar y asustada por si era él, se acercó lentamente descolgando para hablar por el auricular. —¿Diga?

—Soy yo.

Sorprendida al escuchar la voz de su madre, pulsó el botón y tomó aire antes de colgar. Se acercó a la puerta e hizo una mueca al ver la alarma porque no la había conectado. Ni siquiera había cerrado los cierres de seguridad. Abrió la puerta y la luz automática del pasillo se encendió por el sensor de movimiento. El ascensor se detuvo en su planta y su madre salió a toda prisa. Al ver su cara se detuvo en seco. —Hija, ¿qué ha ocurrido?

—Pasa. Necesito hacerte unas preguntas.

Su madre palideció al escucharla y caminó lentamente entrando en su apartamento. Al ver la luz de las farolas que entraba por las ventanas dijo —Hija, ¿no has puesto cortinas?

—Siéntate, por favor.

Cerró la puerta dejándolas en penumbra y Miranda se acercó al sofá. —¿No enciendes la luz?

—¿Te importa si no la enciendo?

Extrañada se sentó dejando su bolso a un lado. —¿Ha llegado el momento?

—¿El momento de qué?

—De tener la conversación que llevo tres años esperando. —Se sentó a su lado y se pasó las manos por la cara. —¿Qué ocurre Marli? ¿Tienes problemas?

—Mamá... no sé lo que pasa.

—¿A qué te refieres?

Levantó la vista y la miró a los ojos. —¿Me has querido alguna vez?

Su madre la miró angustiada. —Eres lo que más he querido en la vida, mi amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y por qué me dejaste?

—Estaba convencida de que con tu padre estarías mucho mejor. —Intentó tocarla, pero Marlena se levantó. —Sé que me odias, pero si lo hice

era porque mi vida era un auténtico desastre, cariño. No me conocía y...

—¿No te conocías?

—¡Era muy infeliz! —Se levantó siguiéndola. —¡No sabes lo que es vivir en una insatisfacción continua! ¡No sabía lo que me pasaba y hacía desgraciados a todos los que me rodeaban! ¡Tu padre sufría al verme así! Pero fue cuando te vi en la habitación...

—¿Me viste?

Su madre se echó a llorar. —No sabía que habías entrado en la habitación y cuando te vi sentada en el suelo, jugando con tu muñeca como si todo aquello fuera normal, me horroricé de mí misma. ¡Por eso me fui!

Marlena dio un paso atrás asombrada. —Te fuiste por mí.

—¡Estaba asqueada de mí misma, con un marido que no sabía qué hacer conmigo y una hija que empezaba a ser consciente de que yo no era como las demás madres! ¡Tenía que dejar que vuestra vida fuera normal!

—¡Mi vida no fue normal en absoluto! —gritó desgarrada.

Miranda se llevó una mano al pecho. —Dios mío. Hija, ¿qué dices?

—¡Se convirtió en un monstruo dominador, que no me dejaba ni tener amigas! ¡Se suicidó en la cárcel después de intentar matarme!

Su madre se llevó las manos a la cabeza horrorizada. —Lo dices para castigarme. ¿Por qué me haces esto? ¿Crees que no he sufrido bastante?

Marlena se echó a llorar y se tapó la cara volviéndose. Miranda vio como sufría su hija y se acercó lentamente. Alargó una mano y tocó su hombro tembloroso casi con miedo a que saliera huyendo. Pero Marlena estaba tan necesitada de cariño, que ni se movió animando a su madre a abrazarla con fuerza.

—Lo siento —susurró su madre llorando—. Me mataría antes de hacer algo que te hiciera daño. Te juro que lo que hice, lo hice pensando que era lo mejor para ti.

—No volviste nunca.

Miranda la apartó para verla bien. —Sí que volví. —Se miraron a los ojos—Te iba a ver al instituto. Te veía en clase de educación física desde las gradas. —Sonrió con tristeza. —Siempre tenías un libro en las manos y

pasabas de todo. Incluso con doce años vi como llegaba tu profesora y te quitaba el libro. En cuanto se dio la vuelta con él en la mano, sacaste otro de la mochila. —Perdió la sonrisa. —Pero era porque no tenías amigas, ¿verdad?

Desvió la cabeza. —Eso es lo de menos.

—No, hija. No es lo de menos, pero cuéntamelo todo. Necesito que me lo cuentes todo.

Dos horas después estaba amaneciendo mientras se miraban a los ojos. —No podía estar más equivocada. Hubieras sido mucho más feliz a mi lado.

—Ahora no hay marcha atrás, ni lugar para las lamentaciones. —Se levantó y fue hasta la cafetera. Su madre la siguió quedándose al lado de la península de la cocina.

—¿Por qué me has llamado? —La miró de reojo algo avergonzada. — Sé que ha tenido que pasar algo muy fuerte para que me llamaras a mí.

—Me lo recomendó Milly. —Sacó unas tazas del armario y las dejó sobre la encimera. Suspiró apoyándose en ella. —¿Encontraste lo que buscabas? ¿Ahora eres feliz?

—Mi marido me hace muy feliz —dijo con pena—. Me conoce muy bien y sabe darme lo que necesito.

Se volvió para mirarla. —¿Y qué era lo que necesitabas, mamá?

—¿Tenemos que hablar de esto? Hija, ¿por qué me has llamado?

La miró a los ojos. —Cuéntamelo.

Miranda suspiró sentándose en uno de los taburetes. —No sabía lo que me pasaba. Mis amigas me miraban como si fuera estúpida cuando les preguntaba cómo eran felices con sus maridos y no podía recurrir a nadie. — Se pasó la mano por los ojos intentando no llorar. —Yo, que tenía un marido perfecto y una hija preciosa en una casa de ensueño, me quejaba porque no era feliz sexualmente. —La miró de nuevo angustiada. —Pero es que lo intenté todo. Tu padre hasta aceptó que tuviera amantes para comprobar si con ellos me...

—Lo he entendido, mamá.

—Se convirtió en una obsesión. ¡Pensaba en el sexo a todas horas y la angustia no me dejaba vivir! ¡Cuando te vi allí sentada con tu muñeca en

brazos, me fui para no destrozár más vuestras vidas!

—Debía ser una necesidad muy poderosa.

Su madre la miró angustiada. —Sé que no lo entiendes...

—¿Y qué es lo que te da ese hombre que no te daba papá?

Su madre se tensó. —Es una manera distinta de tener una relación. Eso sí que no lo entenderías.

—Cuéntamelo, necesito comprender.

—Mi marido es distinto a tu padre.

—¡Mamá, vete al grano! —dijo perdiendo los nervios.

Miranda levantó la barbilla. —Soy sumisa.

Si le hubiera dicho que era prostituta no se hubiera sorprendido tanto. —¿Qué?

—Mi marido es dominante y te aseguro que me da mil veces más de lo que me daba tu padre.

Pensando en ello sacó la jarra del café y sirvió dos tazas. —¿Te refieres a esas sumisas que van de rodillas mientras ellos tiran de una especie de collar para perros? —Su madre se puso como un tomate. —¡Mamá!

—¿Ves cómo no lo entiendes?

—¡Pues explícamelo! ¡Porque no entiendo cómo una mujer preciosa, se deja arrastrar por un tío que se comporta como un cerdo!

—¿Quieres saberlo? ¡Porque cuando me mira, siento que no puedo vivir sin él! —gritó cortándole el aliento—. Porque estoy deseando llegar a casa y que me haga el amor hasta dejarme sin sentido.

—¿Con él sí llegas a...

Su madre entrecerró los ojos. —Hija, ¿qué tal tu vida sexual? —Le puso la taza de café ante ella disimulando. —¿Marli?

—Mi terapeuta dice que es por lo de papá.

Fue hasta el sofá y su madre se volvió en la banqueta mirando por encima de su cabeza. Miranda chasqueó la lengua. —Ya sé por qué me has llamado.

Marlena bebió de su café sin moverse porque sabía que su vecino se había levantado.

—¿Es por él?

—¡Mamá, no mires! —exclamó agachándose.

Miranda sonrió divertida bajándose de la banqueta sin dejar de mirar por la ventana. —Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

—¡No tiene gracia! —Miró sobre el respaldo del sofá, para ver que su vecino sonreía a su madre mientras bebía su café apoyado en el marco de la ventana. Se acaba de levantar, porque sólo llevaba el pantalón del pijama.

Su madre suspiró. —Qué suerte tienes.

—¿Ah sí?

Se volvió hacia ella y la miró desde detrás del sofá. —Cariño, voy a decirte algo que te va a sorprender, porque eres una mujer de carácter, una triunfadora y tienes muy mala leche.

—¡Yo no tengo mala leche!

—Te gustan los dominantes.

Se quedó sin palabras. Cuando reaccionó gritó levantándose de golpe —¿Estás mal de la cabeza?

—Apuesto todo lo que tengo en la cuenta, a que ninguno de tus amantes te ha puesto a cuatro patas y te ha golpeado el trasero, haciéndote suplicar que te hiciera el amor.

—Pues no —dijo acalorada e indignada.

—Seguro que eran tiernos y amables. Conociéndote, seguro que eran tipos que intentaban satisfacerte y se dejaban las horas adorando tu cuerpo. —Se puso como un tomate. —¡Ja!

—¡Pues sí!

—¡Hija, tú no necesitas eso!

—¿Y según tú qué necesito? —Se miraron a los ojos y gimió antes de correr hacia el baño para vomitar.

Su madre apareció en la puerta. —¡Esto es por culpa de tu padre! ¡Maldito cabrón! ¡Si no estuviera muerto, le mataría! —Se acercó a coger



una toalla y la mojó en el lavabo antes de pasársela por la frente.

—¡Tengo un juicio mañana! —dijo asustada mientras le pasaba la toalla por la cara—. No puedo enfrentarme a esto.

Su madre la miró con pena. —Claro. Tú no te preocupes por nada. No es tan grave. Sigue con tu vida y...

—¡No me deja!

Miranda se detuvo en seco. —¿Qué quieres decir?

—Me mira continuamente. ¡Ha entrado en mi casa! Ha alterado mi vida. Me siento encerrada en mi propio apartamento. ¡Hasta he tenido que poner una alarma!

—¿Ha entrado en tu casa? ¿Para qué?

—Me dejó un regalo aquí.

Se levantó a toda prisa y su madre la siguió con la toalla en la mano. Al verla en el vestidor sacar el jabón, sonrió sin darse cuenta. —Usas el mismo jabón que yo.

—¿De verdad? —preguntó sin aliento.

—Te lavabas las manos de pequeña con él. ¿No lo recuerdas? Decías que te lavabas con el jabón de mami. —Cogió la cajita. —¿Te la ha regalado él?

—Y me envió unas bolas chinas a la oficina. —Su madre se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia!

—Cariño, te está tanteando.

—¿Me está qué?

—Quiere ver cuáles son tus límites para forzarlos hasta hacerte rogar por él. Mi hombre lo hace continuamente. Te ha regalado las bolas, que es un regalo puramente sexual, y un jabón para que te sientas halagada. Y lo ha conseguido porque lo has guardado en el cajón de la ropa interior. ¿Cómo te sentiste cuando viste esto?

—Me gusto. Me sentí...

—Halagada. ¿Y con las bolas?

—¡Me parece un regalo muy bestia!

Miranda se echó a reír dejando el jabón en su sitio y abrió el siguiente cajón. —¿Qué buscas?

—Las bolas.

—Están en la mesilla de noche.

Sonrió divertida. —Cariño, para estar ofendida, las has guardado en un sitio muy íntimo. —Pensó en ello. —Otra las hubiera tirado soltando sapos y culebras por la boca.

—¿Tú crees?

—Vamos, te voy a hacer el desayuno mientras te duchas.

—¿Pero qué tengo que hacer? —preguntó preocupada—. ¿Crees que es peligroso?

—¿A qué te refieres con peligroso?

—Ha entrado en mi casa... —Nerviosa apretó sus manos.

—¿Quieres un consejo?

—¡Claro!

—No cedas en todo.

—¡No pienso ceder en nada!

Su madre sonrió maliciosa. —Eso ya lo veremos.

## Capítulo 5

Se fue al trabajo aún más confusa que antes de hablar con su madre. Tenía que estar equivocada. ¿Cómo iba a ser ella sumisa, cuando llevaba a medio bufete tiesos como velas? En cuanto entró en el bufete todos se pusieron a trabajar y más al ver la cara que llevaba, que parecía que se le había muerto el gato. Entró en su despacho y Milly hizo una mueca. —¿Una mala noche?

—Un café antes de que me tire por la ventana.

Entró en el despacho dando un portazo y se sentó suspirando de alivio cerrando los ojos. Cuando entró Milly susurró —No me hables de cosas que no sean de trabajo.

—Entonces el regalo que acaba de llegar...

Se enderezó de golpe mirando el paquete que tenía entre las manos. —Ay, Dios.

—¿Lo abro yo? Si es algo que no te guste, no te lo digo.

Negó con la cabeza alargando la mano y lo abrió a toda prisa. Ambas miraron el teléfono móvil con los ojos como platos. —El primer contacto... —susurró Milly antes de mirarla.

—¡Guarda eso hasta las cinco! —Gimió cogiendo la taza de café. — ¡Así no hay quien se concentre! Entre mi madre y él... —Volvió a gemir. — ¡Por Dios, si no sé ni como se llama!

—¿Tu madre? ¿Has hablado con tu madre?

—¡Mejor dejamos esta conversación! —dijo con los nervios a flor de piel.

—Uy, uy, uy... esto no va bien.

—¡La culpa es tuya! Yo estaba perfectamente

—Perfectamente... cariño, no estás perfectamente.

—¿Sabes lo que me ha dicho? ¡Que es sumisa!

Milly hizo una mueca. —Ahora lo empiezo a entender todo.

—Que dejó a mi padre para buscar... —Agitó los brazos. —¡Eso!

—Y lo encontró.

—Pues sí y ahora es muy feliz. —Milly se echó a reír a carcajadas. —  
¡No tiene gracia!

—No, no la tiene. Perdona, pero es que... —Miró el teléfono y perdió  
la risa. —Ay, madre

—Veo que lo vas comprendiendo —siseó fulminándola con la mirada  
—. ¡Llévate eso!

—Pero no puede ser... Tú eres... —La señaló de arriba abajo. —  
Vamos, que te lo comerías vivo.

—Es cierto. —Entrecerró los ojos. —¡No quedarían de él ni los huesos!

—No puede gustarte eso. ¿O sí?

—¡Claro que no!

—Tampoco sería nada malo. Si a ti te gustara, claro.

Las palabras de su ayudante la calmaron. —¿No?

—Estás influida por las enseñanzas de tu padre, pero en una pareja las  
cosas que se hagan, no están mal siempre que ambos estén de acuerdo. Si a ti  
te gusta eso...

—Nunca lo he probado.

Milly sonrió. —Pues igual deberías. Como ha dicho tu terapeuta,  
libérate.

—Mi madre dice que me relaje.

—¿Ves? Ambos te han dado el mismo consejo.

La miró con desconfianza. —¿Y tú qué opinas?

Milly se acercó a la mesa y susurró —Una vez mi Jerry me empujó  
contra el sofá y me levantó la falda. Te puedo asegurar que fue el mejor  
orgasmo de mi vida.

—¿Y no te lo ha hecho más?

—Se arrepintió en cuanto terminó. Como si se hubiera pasado de la raya. —Hizo una mueca. —Ahí me quedé embarazada del segundo. Intenté provocarle otras veces, pero no pilla las indirectas.

—¿Y te avergüenza decirle que te gustó eso?

Milly se sonrojó. —Al parecer todos estamos rodeados de tabús. Me da mucha vergüenza que piense que me va la marcha.

Pensó en eso seriamente y miró hacia la ciudad cruzada de brazos. — Yo no sé si me gusta.

—A lo mejor deberías relajarte y probar. Si algo no te gusta cortas y punto. ¿Qué te ha dicho tu madre sobre que haya entrado en tu casa?

—No le ha dado importancia. Aunque dijo algo muy raro.

—¿El qué?

—Me dijo que lo del cambio de cerradura me lo iba a hacer pagar. ¿Qué crees que ha querido decir?

—A esos tipos no les gusta que les lleven la contraria. Una vez vi en una película como un jefe azotaba a una secretaria por una falta de ortografía. Cuando terminamos de ver la peli, nos pasamos toda la noche dale que te pego—. Entrecerró los ojos—. ¿Dónde podré alquilarla? ¿Crees que estará en la red?

Sonrió divertida. —Supongo que sí. Cuando la consigas...

—Pediré una copia para ti —dijo yendo hacia la puerta. La miró maliciosa—. Procura que él vea la película también. Si es como pensamos, le gustará.

—El teléfono.

—Ah, no. Te va a llamar y tienes que estar disponible para él.

—¡Tengo que trabajar!

—Vete acostumbrándote.

Salió dejándola sola y frustrada se sentó de nuevo apartando la caja con el móvil de mala manera. Con curiosidad alargó la mano y lo encendió. Sólo había grabado en la memoria un número de teléfono. Entrecerró los ojos pulsando el botón verde y colocó el teléfono al oído. —En este momento no

puedo atenderte, por favor... —Colgó al escuchar el buzón de voz y dejó el teléfono sobre la mesa.

—Ya está bien de tonterías —siseó volviéndose a su ordenador dispuesta a ponerse a trabajar.

Estaba repasando su introducción para el juicio del día siguiente cuando el teléfono vibró. Reteniendo el aliento miró el teléfono sobre la mesa y alargó la mano. Era un mensaje y tomando aire lo abrió.

“¿Las llevas puestas?”

Se puso como un tomate al darse cuenta de lo que quería decir y simplemente contestó “¡No!”

En ese momento le sonó el móvil que tenía aun en la mano y asustada lo dejó caer sobre la mesa. Lo volvió a coger pensando que lo mejor era zanjar el asunto cuanto antes. Viviría más tranquila. —¡Oye, tengo que trabajar!

Escuchó cómo tomó aire al otro lado de la línea. —Me he preguntado cómo sería tu voz mil veces —dijo él con voz grave erizándole la piel—. Y te aseguro preciosa, que no había imaginado que me dirías eso. —Rió suavemente y Marlena se pasó la mano por la frente muy nerviosa. —Nena, ¿no te han gustado mis regalos?

—¡Déjame en paz!

—Tú no quieres que te deje en paz. Sino hubieras llamado a la policía. Sólo me has puesto las cosas más difíciles, pero eso no impedirá que termines exactamente donde yo quiero.

—¿Donde tú quieres?

—Debajo de mí —susurró provocándole un vuelco en el estómago—. ¿Te lo imaginas, preciosa?

—Te lo advierto...

—No me cabrees, Marlena.

—¿De dónde sacaste la llave?

—¿Y que más te da? No vuelvas a rechazar algo mío o me voy a

enfadar.

—¡Que te den, imbécil! —Colgó el teléfono y nerviosa se levantó apretándose las manos, esperando que sonara de nuevo. Pero no lo hizo. No volvió a sonar en todo el maldito día y estuvo inquieta. Tuvo que quedarse hasta las doce de la noche con su grupo de trabajo para ultimar los detalles del juicio del día siguiente. Se bajó del taxi agotada por no haber dormido casi nada la noche anterior. Entró en su casa dejando su maletín al lado del escritorio y se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Miró hacia el apartamento de enfrente, pero las luces estaban apagadas. Lo sacó del bolso pensando que debería haberlo tirado y descolgó.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó él suavemente.

—¿Las doce y media? —Se quitó los zapatos y descalza caminó hacia su dormitorio.

—¡Estás agotada!

—¡Será porque ayer no dormí! ¡Déjame en paz! —Se sentó en la cama. —Mira, ¿qué tal si dejas tu jueguito hasta dentro de tres semanas? Tengo un juicio muy importante para mi carrera, ¿sabes? ¡He trabajado muchísimo para esto y me estás jodiendo, como te llames!

—¿No me digas? Nena, Robinson no tiene posibilidades.

Se le cortó el aliento y miró hacia la ventana. —¿Quién eres? Si te han contratado para...

—No te preocupes. Es algo de dominio público. —Le escuchó respirar al otro lado. —Así que quieres que deje mi jueguito hasta después del juicio. ¿Qué me darás a cambio?

—¿Que no te denuncie a la policía?

Su risa al otro lado de la línea la hizo sentirse muy bien y sin darse cuenta sonrió. —No me denunciarás porque no he hecho nada.

—Has entrado en mi casa.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Sí que lo sé. En realidad, tengo un testigo muy suculento que estaría dispuesto a declarar que le ofreciste mil quinientos por la llave nueva. ¿Qué crees que dirá la policía de eso?

—Dirían que tengo un gusto estupendo. No se ha cometido delito, guapa. No me vendió la llave, así que nunca he entrado en tu casa.

—Indica intencionalidad.

—Pero si no se ha cometido delito, pude haberme arrepentido en el último momento.

Marlena se levantó de repente. —Eres abogado.

Se echó a reír. —Y muy bueno. ¿Quieres luchar contra mí?

—¿Me estás retando? —siseó furiosa porque se creía más listo que ella.

—Eres tú quien me retas continuamente. ¿Una alarma? —preguntó con voz ronca—. Nena, conozco a gente que entraría en tu casa antes de que te dieras cuenta. Si quisiera entrar de nuevo, te aseguro que no sería problema. Deja de resistirte y todo irá como la seda.

—¡Que te den, imbécil! ¡Cómo te acerques a diez metros de mí, vas a levantarte con esos amiguitos tuyos los próximos cinco años! ¡Te encantará la cárcel! ¡Al parecer el patio tiene mucho sitio para correr!

—¿Te sientes amenazada? —A Marlena se le cortó el aliento. —Nena, conmigo no tendrás nada que temer.

—Me estás amenazando.

—Te estoy obligando a que por una vez abras los ojos. Me necesitas.

—Estás chiflado.

—¿Crees que no sé que compraste esa casa después de buscar por todo Manhattan? ¿Y qué te decidiste a comprarla por mí? Llevabas una hora mirándola y fue cuando me viste a mí cuando te decidiste. —A Marlena le temblaron las piernas y caminó hacia el baño. —¡Ni se te ocurra hacer lo de ayer!

Asustada miró hacia el ventanal y vio su sombra. —Como te vuelvas a esconder de mí, me voy a cabrear. Yo no soy tu padre.

Esa frase la puso frenética y tiró el móvil contra el ventanal rompiéndose en pedazos contra el cristal aislante. Con la respiración agitada vio cómo encendía la luz. Su cara parecía tallada en piedra y Marlena sintió un escalofrío. —Hora de poner cortinas, Marlena.

Se volvió hacia el vestidor a oscuras y se puso un camisón de seda



negra. Entró en el baño y cinco minutos después apagó la luz para ir hacia la cama. Se tumbó abrazando la almohada y vio por la ventana que la seguía observando. Se volvió dándole la espalda, obligándose a eliminar la angustia que sentía en ese momento. Que supiera lo de su padre, indicaba que la había investigado y aquello ya había ido demasiado lejos. Era hora de ser sensata y alejarle de su vida todo lo posible.

Se despertó con un dolor de cabeza terrible por la tensión y se sentó en la cama apartando sus rizos de la cara. Al mirar la hora vio que se había levantado una hora antes. Miró sobre su hombro y vio que su vecino no estaba en el ventanal. Lo que era un alivio. Se tomó un café y un analgésico. Estaba en la ducha intentando concentrarse en el juicio, cuando escuchó un ruido en la habitación. Asustada cerró el agua escuchando de nuevo. Como no oía nada, abrió la mampara y salió pisando la alfombrilla de baño. Estiró la mano, cuando mirando hacia la puerta abierta, le vio pasar hacia la salida. Asombrada vio que iba con un traje azul oscuro hecho a medida. Olvidándose de la toalla fue hasta la puerta para ver cómo la cerraba después de salir de su casa como si tal cosa. Mirando a su alrededor, vio que había dejado un móvil nuevo sobre la cama.

Levantó los brazos exasperada. —¡Increíble! ¡Te voy a meter un paquete que te vas a cagar! —Entró en el baño furiosa y se secó con rabia. —¿Quién se creerá que es? Se puso una bata de seda naranja que le llegaba hasta los tobillos y salió del baño a toda prisa. Iba hacia la ventana para ver si volvía a su casa cuando se detuvo en seco. ¡Había cambiado el cuadro de la zona de despacho! ¡Le había dado la vuelta! Entrecerró los ojos inclinando la cabeza hacia la derecha y se puso como un tomate al ver que se veían dos figuras haciendo el amor. Asombrada se giró para ver el cuadro que estaba en frente. Y una pareja haciendo su sesenta y nueve, la dejó tan impresionada que dio un paso atrás. Se estaba volviendo loca. Definitivamente hasta veía cosas que no existían. Temblando comprobó los siguientes cuadros y todos representaban una escena explícitamente sexual. Pálida miró hacia él, que la observaba con una taza de café en la mano. Al ver el pánico en sus ojos se tensó y sacó el móvil del bolsillo interno del traje.

Escuchó el sonido del teléfono que le había dejado, pero ella no podía

moverse sin dejar de mirar sus ojos negros. Negó con la cabeza dando un paso atrás y él apretó los labios. Vocalizó que lo cogiera, pero ella corrió hacia el vestidor. Se puso el primer traje que encontró y sin molestarse en secarse el cabello siquiera, salió de allí corriendo mientras el teléfono seguía sonando una y otra vez.

Llegó al juzgado una hora antes del juicio y después de pasar los controles de seguridad, fue al baño para intentar recomponerse. Apoyó las manos en el lavabo y vio su pelo suelto, las ojeras alrededor de sus ojos y la palidez de su rostro. Con ese aspecto perdería el juicio antes de empezar. Además, el traje era demasiado oscuro y no se había puesto medias.

—Mierda. —Se pasó las manos por los ojos. —Debería aplazarlo.

Intentó solucionar lo que podía en ese momento recogiendo el cabello con unos pasadores que llevaba en el bolso y maquillándose como le había enseñado una profesional. Se estiró la chaqueta y salió del baño con su maletín en la mano, encontrándose con Milly y su equipo que estaban esperándola. Su ayudante entrecerró los ojos al verla y se acercó a toda prisa.

—¿Te encuentras bien?

—Por supuesto.

—¿Te estás agobiando? Eres la mejor abogada de la ciudad y lo tienes más que preparado.

—Lo sé. —Se enderezó y su ayudante miró sobre su hombro. —Ya está aquí la parte contraria. —Abrió los ojos como platos. —Esto no te va a gustar.

Se volvió mostrando profesionalidad con una sonrisa satisfecha en la cara cuando vio los ojos negros que intentaba olvidar. —Hijo de puta —siseó cuando salió de su estupor al ver que iba con la parte demandada. Él pasó a su lado y con descaro le guiñó un ojo.

Milly aún seguía con la boca abierta. —¿Es el abogado principal de la parte contraria? ¿Cómo puede estar más bueno vestido que medio desnudo?

—¡Cierra la boca Milly! —dijo muy tensa. Furiosa siseó —El muy cabrón quería desestabilizarme. Por eso me investigó e hizo todo ese

jueguecito psicológico.

—Será cerdo. —Milly entrecerró los ojos. —Machácalo, jefa.

Tomó aire y furiosa fue hasta su equipo, que se enderezó en cuanto la vio llegar. —¿Estáis preparados?

—Por supuesto —dijo Harry—. Listos para empezar.

En ese momento llegó su cliente acompañado de su nueva amante. Siseó por lo bajo —Harry...

El abogado se acercó a Robertson a toda prisa y habló en voz baja con él. El cincuentón multimillonario la miró molesto y ella, que no estaba para tonterías, se acercó con paso firme. —¿Qué ocurre, señorita Brown?

—Ocurre, que en este momento tan delicado, su amante no puede entrar en la sala. Eso ocurre —dijo dejándolo de piedra. Marlena le miró a los ojos—. ¿Quiere ganar? ¿Quiere que su ex no se quede con la mitad de su fortuna? Pues hágame caso de una puta vez y déjese de jueguecitos para intentar joderla. ¿Me ha entendido?

—¿Cómo se atreve a...?

—Me atrevo porque no sólo mi carrera está en juego. Me ha contratado para ganar y eso es lo que voy a hacer. —Miró a la furcia, que encima se había vestido de rojo. —Desaparece de mi vista. Mejor lárgate del país. ¿Me has entendido?

—¿Cariño...? —preguntó asustada por su mirada mientras Harry no salía de su asombro.

—Cielito, haz lo que dice. —El magnate hizo un gesto a su ayudante, que sonrió aliviado. Seguramente se lo había recomendado, pero Robertson hacía lo que le daba la gana. Hasta ahora.

La chica hizo pucheros y ella siseó —Como hables con la prensa, tendrás que vértelas conmigo. Mantén la boquita cerrada y todo irá bien.

—¡Señorita Brown! —exclamó su cliente rojo de furia.

—Ahora va a entrar ahí y a poner cara de empresario serio y responsable. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Harry, vamos a entrar.

—A sus órdenes, jefa —dijo maravillado.

Se volvió y todo su equipo se colocó tras ella. Miró a su cliente y sonrió dulcemente. —¿Ve mi sonrisa?

—Sí.

—Debo aparentar ser dulce, pero usted estará serio. No quiero que mueva un gesto escuche lo que escuche.

## Capítulo 6

Hizo un gesto a Harry, que abrió la puerta y tomó aire antes de entrar en la sala del juzgado con paso firme sin mirar la mesa de la defensa. A su lado se sentó Robertson y Harry al otro lado de su cliente. Colocó sobre la mesa su expediente y todo lo que necesitaba, mientras el resto del equipo se sentaba tras ellos. Milly la tocó en el hombro y se acercó para susurrarle al oído —¿Hago que le investiguen?

Le miró fríamente. Sonreía al lado de la ex-señora Robertson, que había ido al juzgado cargada de joyas. —Sí, quiero el informe lo antes posible.

Milly asintió y para sorpresa de su equipo el muy cerdo se levantó para acercarse a su mesa. Su seguridad en sí mismo la puso de los nervios. —Buenos días caballeros, vengo a presentarme. Jason Kindley. —Marlena hizo rechinar los dientes al escuchar el nombre del mejor abogado de la costa Oeste.

Con una seguridad que no sentía, se levantó ignorando la mano que le tendía. No pensaba tocarle. —Señor Kindley, ¿no se ha equivocado de juzgado? Está lejos de su casa.

Él sonrió mirándola a los ojos. —Me han llamado específicamente para este caso. ¿A que es una casualidad increíble?

—Yo no creo en las casualidades. ¿Tiene licencia para ejercer en Nueva York? —preguntó dulcemente.

Jason se echó a reír. —¿Principios básicos, Marlena? Cuando me investigues, comprobarás que empecé a ejercer aquí.

—¿Otra casualidad?

—Te aseguro que si hubiera sabido que había abogadas tan seductoras, me hubiera mudado mucho antes —dijo mirándola con deseo dejándolos a

todos de piedra. Sobre todo a ella, que se le había secado la garganta—. Mucha suerte, abogada. Esta batalla no la vas a ganar.

—No farolee tanto, Kindley. Esta batalla ya está ganada. —Se sentó dando por terminada la conversación y Jason se volvió divertido caminando como si nada hasta su mesa.

—¿Quién es ese tipo? ¿Tenemos problemas? —preguntó su cliente molesto.

—¿Le he dicho yo que hable? —preguntó ella fríamente sonrojándole—. Pues eso.

Harry se acercó y le susurró —¿Dónde coño está Jordan?

—No tengo idea. —Se volvió hacia su equipo y les dijo —Averiguar cuándo han cambiado de abogado. Deprisa. Llamar a Jordan para saber por qué lo ha dejado si hace falta.

Uno de su equipo se levantó en el acto y al mirar de rojo a Jason vio que sonreía satisfecho.

En ese momento entró el alguacil. —En pie.

Todos se levantaron y mientras anunciaban a la Juez Jane Stone sintió una satisfacción enorme. Y se lo demostró cuando miró a Jason con el ceño fruncido antes de mirarla a ella y sentarse en su estrado. —¿Se puede saber quién es usted?

Jason se levantó con una seductora sonrisa, que a la juez de casi cuarenta años le sentó como una patada en el estómago y se notó en la cara.

—Jason Kindley, señoría. Represento a la señora Robertson, debido a que su abogada ha renunciado a llevar su proceso de divorcio.

Asombrada miró a Marlena. —¿Usted sabía esto?

Se levantó de inmediato. —No se me había comunicado, señoría. Me acabo de enterar.

—¿Y cuándo se ha hecho usted cargo de este proceso, señor Kindley?

La señora Robertson sonrió maliciosa mirando a su marido mientras Jason respondía. —Hace dos semanas, señoría.

—Tiempo de sobra para comunicar a este tribunal el cambio de abogados. ¿Por qué no se me ha comunicado?

—No va a alterar en nada el procedimiento, señoría. Estamos listos para empezar.

Marlena gruñó para sí porque esperaba un receso. La juez sonrió encantada y dijo —Pues empecemos—. La jueza levantó una hoja de su expediente. —Al parecer el señor Robertson ha iniciado la demanda de divorcio alegando diferencias irreconciliables. ¿Por qué no se ha llegado a un acuerdo, señor Kindley?

—Es un acuerdo ridículo, señoría. La pensión es de risa teniendo en cuenta las ganancias de setenta millones de dólares que el señor Robertson ha obtenido en el último año.

—Puesto que firmó en su momento un acuerdo prenupcial, no considero ridícula la cantidad de treinta mil dólares al mes, señoría —dijo ella firmemente—. Sobre todo teniendo en cuenta que en dicho acuerdo no debía recibir absolutamente nada. Mi cliente está siendo más que generoso.

—¿Generoso? —Jason se echó a reír. —Sólo porque presentó la demanda de divorcio diez minutos antes que mi cliente, señoría. Sabía que mi clienta quería el divorcio y se le adelantó por unos minutos.

—Pues si quiere el divorcio, no entiendo por qué no lo solucionan sin ir a juicio —dijo la juez molesta.

—Lo hizo para que su esposa no alegara sus razones en la demanda.

—Señoría, están diciendo eso sólo para empañar la imagen de mi cliente. —Fulminó con la mirada a Jason. —Es totalmente falso que la señora Robertson intentara demandar a mi cliente y esas razones son totalmente ficticias.

—Sus alegaciones son... —dijo Jason levantando un documento—. Infidelidad, abandono de hogar, abuso de la bebida y de estupefacientes... Eso entre otras actividades poco saludables en cierto yate que el cliente de la señorita Brown tiene anclado en Barbados.

—Especulación.

—Tenemos pruebas, señoría. Y muy suculentas. ¿Quiere verlas?

La jueza les miró a ambos y Marlena supo que el juego había cambiado en ese momento. Y se iba a poner realmente duro porque si Jason había dicho algo así, era que tenía pruebas muy buenas.

La juez descansó la espalda en el respaldo de su asiento. —Al parecer esto va a ser interesante. Cada uno defiende a su cliente y quiero juego limpio, señores.

Ella asintió. La jueza la miró. —¿Quiere un receso para cambiar su estrategia?

—No lo necesito, señorita. Mi cliente ha intentado ser generoso con su esposa por los tres años que han pasado juntos, pero también tiene pruebas que demuestran que no era una doliente esposa que lloriqueaba en su habitación mientras mi cliente le era infiel.

La juez sonrió. —Pues empecemos.

En cuanto se sentó Harry le dijo —¿Has perdido la cabeza? Debemos negociar con Kindley.

—Antes me cortó el cuello. —Miró a Robertson. —Van a intentar sacar todos sus trapos sucios. Pero dentro del juzgado esas pruebas están casi controladas. Sólo las verá la jueza. Aunque nunca se sabe y pueden terminar filtradas a la prensa.

La miró a los ojos. —Creo que tengo el mejor comandante para ganar esta guerra.

Asintió y miró a Jason sonriendo de oreja a oreja.

—¿Señorita Brown? Puede empezar cuando quiera.

Se levantó y cogió el acuerdo prenupcial. —Presento la prueba A. —Se acercó al estrado y se lo entregó a la juez, que lo hojeó por encima abriendo los ojos como platos

—¡Tienes trescientas cincuenta cláusulas!

—Muy específicas que la señora Robertson firmó en su momento. Si comprueba la cláusula doscientos treinta y cuatro, comprobará que con ese acuerdo también firmó un acuerdo de confidencialidad en el que especifica detalladamente que no puede hablar de la cohabitación durante el periodo que ese matrimonio haya existido. Y teniendo en cuenta que aún están casados hasta que no sea definitivo el divorcio, la señora Robinson no puede decir ni pío. —Sonrió a Jason que entrecerró los ojos. —Y en la cláusula doscientos



treinta y cinco específica que después de la firma del divorcio tampoco podrá abrir la boca. De hecho, si lo hace digamos... en unas memorias que ahora están tan de moda, mi cliente puede demandarla para recibir una indemnización de cien millones de dólares.

—¡Señoría, ese acuerdo prenupcial es totalmente abusivo! Mi clienta no estaba lo suficientemente asesorada.

Marlena le miró aparentando sorpresa. —¡Pero eso no puede ser!

—Tenía diecinueve años y era camarera. ¡No tiene estudios universitarios y le tomaron el pelo claramente al desconocer sus derechos!

—Señoría, ¿puede ver las firmas de los testigos?

La jueza llegó a la última página y entrecerró los ojos. —Como comprobará uno de los testigos es Jeff Gregory Stone. Estoy segura de que su señoría sabrá que su marido, que en la actualidad es un reputado abogado de los derechos humanos, no permitiría que se engañara a nadie.

Jason la miró como si quisiera eliminarla de la faz de la tierra y Marlena sonrió de oreja a oreja antes de continuar mientras la juez estaba más que concentrada en el acuerdo prematrimonial. —De hecho, señoría, tengo un video donde la cliente del señor Kindley escucha una por una esas cláusulas y asiente a todas ellas. ¿Quiere verlo?

La juez entrecerró los ojos fulminando con la mirada a Jason. —¿Por qué me hacen perder el tiempo? ¡No tiene derecho a nada! —La señora Robertson jadeó mirando a su abogado.

—Señoría, no hemos presentado todas las pruebas.

La jueza se levantó mostrando el acuerdo. —¿Ha leído esto?

—Por supuesto señoría, por eso sé que ese acuerdo vulnera varios puntos de los derechos humanos. Como por ejemplo, que mi clienta no tenía derecho a tener hijos cuando quisiera o a criarlos en caso de divorcio.

Marlena aparentó indignación, aunque estaba de acuerdo. —¡Fue muy dueña de su destino para firmar esos documentos! Nadie la obligó. Lo hizo voluntariamente. Ni que la hubieran apuntado con una pistola, señoría. En ese momento le parecía mucho más productivo la asignación de treinta mil dólares que le entregaban al mes para sus gastos, que los derechos de sus inexistentes hijos.

En ese momento supo que había ganado y los suyos también. El único que no lo sabía era Jason Kindley, que esperaba fulminándola con la mirada.

Marlena se cruzó de brazos mientras la juez negaba con la cabeza antes de decir. —Quiero ver ese video con detenimiento y comunicaré después de la comida mi decisión.

Marlena se acercó a su equipo y extendió la mano. Un DVD apareció y se lo llevó hasta el estrado. —Presento prueba B.

—Señoría, puesto que es una prueba audiovisual en que se ha grabado a mi clienta, quiero ver la autorización de esta para realizar dicha grabación con su consentimiento.

Marlena se detuvo en seco y la juez también. —En ningún momento de la grabación protesta por tener la cámara delante, señoría. ¡Es una autorización explícita! El señor Kindley sólo quiere retrasar lo inevitable.

—¡Es una grabación en un entorno confidencial, donde se deberían haber protegidos también los derechos de mi clienta! ¡Y esa grabación demuestra que no ha sido así desde el principio! Si no existe dicha autorización no debería mostrarse ese DVD y por tanto el acuerdo debería ser anulado por los principios básicos de los derechos humanos.

Ay, madre. Se volvió hacia su equipo que estaban aún más perdidos que ella. Sólo le quedaba un recurso. Atacar.

—Señoría, si eso fuera como dice el abogado de la parte contraria, no se mostraría ningún video en ningún juicio porque vulnerarían sus derechos audiovisuales. Los ladrones en cajeros automáticos se van a poner muy contentos.

—Esos videos se hacen en vías públicas en actos claramente delictivos mientras que mi clienta estaba un despacho de abogados en un entorno privado. Los casos no son comparables, señoría. Si no tienen la autorización para que esas imágenes sean vistas por terceras personas, no deben visionarse porque es una clara infracción a su intimidad.

—El señor Kindley tiene razón. ¿Tiene la autorización, señorita Brown?

—No, señoría. Si visionara el video, comprobaría que ella es absolutamente consciente que se la está grabando e incluso sonríe a la cámara.

—Déjenme estudiar el asunto. Después de la comida les daré una respuesta.

Todos se levantaron cuando la jueza lo hizo, saliendo de la sala a toda prisa. Marlena volvió a su mesa y recogió su maletín. En cuanto guardó sus cosas, se dio la vuelta para encontrarse con su pesadilla que sonreía satisfecho. —Esto está ganado, nena.

—Púdrete. Todavía queda mucho juicio.

—No lo creo. Sobre todo, teniendo en cuenta que la juez tiene vacaciones reservadas para la semana que viene. —Le miró sin poder ocultar su sorpresa. —Por cierto. —Bajó la voz tensándola. —Me da la sensación de que no quieres nada conmigo. Te has olvidado mis regalos en casa. Si te hubieras puesto las bolas, tendrías mejor cara.

—Serás idiota. Aparta.

La traspasó con la mirada. —No dirás eso cuando esto acabe. Vete haciéndote a la idea —dijo alterándole la respiración. Jason sonrió—. ¿Lo estás deseando? Yo también, preciosa.

—¿Marlena? —Milly la estaba esperando con cara de pocos amigos y Jason se apartó dejándola pasar. Casi huyó de la sala y su cliente la siguió hasta la salida preocupado por lo que estaba pasando. Después de tranquilizarle diciendo que quedaba mucho proceso, fueron hacia el despacho.

Se pasaron horas investigando los derechos audiovisuales y Marlena pegó gritos a diestro y siniestro queriendo resultados. Incluso les asesoró el abogado encargado de los temas audiovisuales de la empresa, así que cuando volvió al juzgado estaba preparada para todo. Se sentó en su mesa antes de que su contrincante llegara y el señor Robertson preguntó si habían solucionado ese tema.

—Veremos por dónde nos sale mi colega —dijo justo cuando llegaba riendo como si fuera el dueño de todo. Se sentó en su sitio con las manos entrelazadas sobre su vientre.

—Preciosa, ¿te ha dado tiempo a comer?

—Muérete.

—No te saltes las comidas. Te baja la tensión y puedes desmayarte. —

Se le cortó el aliento asombrada por su descaro.

—¡En pie!

Se levantaron y la jueza entró sonriendo de oreja a oreja como si hubiera descubierto América. Esperaba que le diera la razón a ella.

—Bien, siéntense, siéntense —dijo haciendo un gesto con la mano—. Respecto a la prueba que tenemos entre manos, he decidido aceptarla.

Jason sonrió de oreja a oreja quitándole toda la satisfacción. El muy cabrito sabía de sobra que la admitirían. Se levantó diciendo encantado — Pues si su señoría ha decidido admitirla, propongo que sea vista en esta sala para demostrar que mi cliente no era consciente de todo lo que pasaba en ese momento.

—Protesto, señoría. El señor Kindley solo quiere alargar el proceso de manera innecesaria. Usted debe juzgar una prueba que no quería y ahora intenta refutarla.

La juez entrecerró los ojos. —No, el señor Kindley tiene razón. Ya que la admito a trámite, debe poder demostrar su teoría. Es lo justo.

—Gracias, señoría.

Mientras preparaban la pantalla de televisión, Harry se acercó a Robertson para decirle —Tiene algo.

—Hemos visto el video mil veces. Me lo sé de memoria.

—Pues tiene algo. Lo veo en su cara.

Jason se levantó cogiendo el mando del técnico. —Cuando quiera, Kindley —dijo la juez quitándose las gafas de cerca—. Empecemos.

—Ya que todos hemos visto el video, iré al grano. —Movié la imagen hasta casi la mitad y le dio al play. —Como pueden ver, mi cliente está escuchando la cláusula ciento seis del contrato prematrimonial, se está mirando las uñas sin enterarse de nada.

Marlena suspiró perdiendo la paciencia. —¡Señoría, si no estaba atenta, no es problema de mi cliente!

—Espera, que llega lo mejor.

En el video el abogado que tenía en frente preguntó si lo había entendido y ella respondió mirándole sorprendida. —¿Cuándo termina esta

tortura?

—¿Lo ha entendido? Debe entenderlo para continuar adelante.

La chica chasqueó la lengua antes de mirar a su prometido que sonrió.  
—Cariño, contesta a la pregunta. Si quieres que nos casemos, debes firmar el acuerdo.

Jason detuvo la imagen y se volvió sonriendo hacia la jueza. —La coaccionaron. Una mujer enamorada, que claramente no entiende el acuerdo prematrimonial, es coaccionada diciéndole que si no firma no se casará con ella.

—¡Como el noventa por ciento de los matrimonios con contrato prematrimonial! —dijo Marlena levantándose furiosa—. Señorita, esto empieza ser ridículo. Fue un contrato entre una pareja y mi cliente siguió todos los procedimientos que se necesitaron para que todo fuera perfectamente legal.

—¡Cubriéndose las espaldas!

—¡Será porque ella no tenía donde caerse muerta y mi cliente es multimillonario y treinta años mayor!

—¿Está insinuando que es una aprovechada?

—¡Sí! —gritó dejándolos a todos con la boca abierta—. ¡Es una aprovechada y una trepa, que se casó con alguien claramente mayor y con mucho más dinero! ¡Que firmó un contrato prematrimonial porque sólo quería a su presa e intentó quedarse embarazada para tener una vida de lujo el resto de su vida! ¿Y ahora quiere la mitad de su fortuna cuando no ha hecho nada de provecho en la vida? Esa es su cliente. —Los ojos de Jason brillaron y a Marlena se le cortó el aliento por lo que acababa de hacer.

Miró a la juez que también la miraba asombrada. —Señorita Brown, ¿se encuentra bien?

—¿Me ha llamado trepa? —preguntó la señora Robertson indignada.

—Sí, trepa y aprovechada, que es lo que eres —dijo su cliente.

Marlena se volvió fulminándole con la mirada y se acercó a la mesa. —Cierre el pico.

—¡No he venido aquí para que me insulten!

—¡Silencio! —gritó la juez dando con el mazo varias veces—. Señorita Brown, esto es totalmente irregular.

—Pues es lo que pienso y no me voy a retractar —dijo firme—. Es más, lo que está haciendo la señora Robertson sí que podría considerarse coacción al no aceptar un acuerdo de divorcio claramente beneficioso para ella. Pero quiere más.

—¿Coacción?

—Mi cliente espera un hijo con otra mujer y le está presionando para que no pueda casarse como es su ilusión.

Jason fulminó a la señora Robertson que se puso como un tomate. — Lleva dos meses negándose a cualquier acuerdo que no incluya veinte millones de dólares, señoría. Por supuesto mi cliente no se ha dejado chantajear. ¡Para eso aseguró su fortuna en un acuerdo prematrimonial que ella aceptó!

La juez miró a la señora Robertson como si fuera escoria y cogió el mazo. —Mañana a primera hora dictaré sentencia.

—¡Señoría, no ha visto todas las pruebas! —protestó Jason—. Hubo infidelidad y...

—Señor Kindley. Como si se acostó con medio Manhattan. Según este acuerdo, eso no es causa de indemnización. Enséñele a su cliente que debe ser consecuente con lo que firma.

—Señoría, retiramos la oferta de treinta mil al mes como manutención.

—No tense la cuerda, señorita Brown. Mañana a las nueve les diré mi decisión.

En cuanto salió, Marlena se volvió hacia su grupo que se felicitaron. Jason sonrió y cogiendo su maletín se acercó a ella y le susurró al oído — Buen trabajo, nena. Me has sorprendido. No me pasa mucho. Ahora tengo que sorprenderte yo.

Le vio salir del juzgado pensando que nunca en su vida se había sentido mejor. La señora Robertson la miró con odio y ella le dijo —Te has equivocado de abogado, guapa.

Los suyos se echaron a reír y Robertson le dio la mano. — ¿Ganaremos?

—Ya ha oído a la juez. Crucemos los dedos. Puede que le dé los treinta mil, pero para usted eso es calderilla.

Robertson asintió. —Buen trabajo.

Se acercó a él y susurró —El próximo acuerdo prematrimonial, pídaselo a mi bufete. Para no meternos en líos a la hora del divorcio. ¿Entiende?

Robertson se echó a reír asintiendo. De la que salían esquivaron a la prensa y Harry le susurró —De la que nos hemos librado. Ese acuerdo prematrimonial era un abuso. Cualquier juez lo hubiera desestimado.

—Es lo que tiene que tu marido meta la pata. Que tienes que asumir las consecuencias. La juez ha asumido los errores de su esposo y el cabrito de la parte contraria debería haberla recusado. —Entrecerró los ojos porque Jason no lo había hecho.

—Quizás tomamos por sorpresa a Kindley o temía que el próximo juez se pusiera en su contra si la recusaba. ¿Tú la hubieras recusado en su lugar?

—¿Y que luego la juez me mire mal cuando me toca el treinta por ciento del tiempo? No estoy tan loca.

Harry se echó a reír asintiendo. Querían que fuera a celebrarlo, pero ella no quiso diciendo claramente que allí no se celebraría nada hasta que se dictara sentencia.

## Capítulo 7

Decidió tomarse el resto del día libre y cuando llegó a casa un gran ramo de rosas estaba sobre la mesa de comedor. Contenta se acercó a ellas y cogió la tarjeta “Tienes un regalito al lado de las bolas chinas. Lo vas a necesitar. Felicidades, preciosa”

Impaciente subió los escalones y abrió la mesilla. Era un anillo de compromiso. Se sentó en la cama de la impresión, viendo el impresionante diamante montado en platino metido en una cajita abierta al lado de las bolas chinas. Este hombre estaba mal de la cabeza.

Se debatía entre el pánico y la confusión. Y ganó el pánico cerrando el cajón de la mesilla de golpe. —Mejor te duchas y duermes un rato antes de meterle una denuncia por entrar de nuevo en tu casa —dijo en voz alta—. Una cámara. Eso es lo que necesitas. Una cámara de video vigilancia, para que psicópatas con aires de sabelotodo no invadan tu espacio.

Se desvistió dejando la ropa sobre la cama desecha y vio el móvil que le había dejado por la mañana. Tiró la blusa encima y fue hasta el baño. Se duchó tranquilamente y cuando salió con el camisón negro dispuesta a dormir hasta el día siguiente, se detuvo en seco al verle de espaldas a ella mirando por el ventanal como si estuviera en su casa. Incluso se había quitado la chaqueta y tenía las mangas de la camisa remangadas. —Nena, ¿has comido algo?

—¡No puedes entrar en mi casa cuando te dé la gana! —Señaló la puerta cuando se volvió lentamente. —¡Largo!

—Vístete, que salimos a cenar. —Miró su carísimo reloj.

—¿Estás loco? ¡No pienso salir a cenar contigo!

—Es una cena de negocios. —Sonrió malicioso. —¿Acaso creías que



iba a dejarte ganar?

—Ay, madre, ¿y ahora qué?

—Todavía estamos a tiempo de hacer un acuerdo. ¿Quieres oír mi propuesta?

—¡Quiero oír lo que tienes contra mi cliente para decirme una estupidez así!

—Pues tengo unas fotos muy explícitas, donde tu cliente está esnifando cocaína. Y un video sexual muy gráfico e instructivo con dos fulanas. — Levantó una de sus cejas negras. —Mira que no querer escucharme en el juzgado...

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? No querías que esas pruebas salieran a la luz para presionarme en el último momento.

—Mi cliente no puede abrir la boca debido al acuerdo prematrimonial, pero las fulanas no firmaron nada. Imagínate las declaraciones a la prensa del camello de Robertson. Será digno de verse.

—Eres una rata...

—Nena, esto es trabajo.

—Todo ha sido un montaje, ¿verdad? ¡Solo querías que se resolviera el juicio rápidamente para presionarme con esto antes de la sentencia! ¡Por eso no recusaste a la jueza! ¡Querías terminar cuanto antes!

Jason sonrió. —Está en tus manos.

—¡Saca a la luz un solo escandalo contra Robertson y me los comeré a todos en los tribunales! ¡En este país todavía se protege el derecho a la intimidad!

—Sí, pero imagínate lo que dirán los accionistas. Bienvenida al mundo real, nena. Te aconsejo que levantes ese teléfono y llames a tu cliente. Veinte millones y esas imágenes llegarán a tu despacho antes de que te des cuenta.

—La miró a los ojos. —Y no hay copias.

—¡Eso no puedes garantizármelo!

—Sí que puedo. Al contrario que tu cliente, yo sí que soy generoso.

—¡Con el dinero de Robertson!

—Exacto. Llámale Marlina.

—¡Púdrete! Esa zorra sólo se va a llevar treinta mil al mes.

—Tienes la obligación de comunicar a tu cliente una oferta de conciliación.

—Eso no es una oferta. Eso es un chantaje y no pienso hacerlo.

Jason sonrió y se acercó a ella lentamente. Subió los escalones cortándole el aliento y se detuvo ante ella. —No me he trasladado a Nueva York para perder, nena.

—Pues tendrás que soportarlo.

—Piensa lo que haces. Como Robertson se entere de esta conversación y que no has colaborado, te va a hundir y la única que perderá en esto serás tú. Robertson tendrá esas imágenes, mi clienta su dinero y yo mi comisión.

—¡Claro y la única que pierde aquí soy yo! ¡No pienso llegar al bufete y decir que te he regalado el caso!

—Te dije que eso estaba perdido. —Alargó la mano y cogió un rizo húmedo entre sus dedos. —No me haces caso, es algo que me crispa los nervios. —Enrolló su mechón de pelo alrededor de su índice y a su pesar, tuvo que acercarse para que no le hiciera daño. Jason sonrió cuando estuvo a unos centímetros de su boca y Marlena nunca se sintió más viva que en ese momento. —Llama a tu cliente. No voy a dejar que tires tu carrera por la borda por simple cabezonería.

—Por eso Jordan dejó el caso, ¿verdad? No coge el teléfono.

—Tiene escrúpulos sobre los derechos a la intimidad. Yo no soy tan delicado.

—Es una zorra arribista —dijo con rabia.

Él soltó el mechón de cabello y la cogió por la nuca acercándola aún más. —Despierta, cielo. ¿Crees que a Robertson le importan algo veinte millones? ¡Podría pedir cuarenta y no lo notaría! Es un cerdo tan manipulador como ella, que se aprovecha de su dinero para conseguir jovencitas. ¡Es su quinta esposa y va camino de la sexta! Mira todo lo que organizó con el acuerdo prematrimonial —dijo con desprecio—. Creía que podía hacer lo que quisiera con ella y mi clienta no es tonta. Lleva recopilando pruebas desde el principio. Una orgía aquí. Una amante en cierto hotel. Tiene pruebas que podrían hundirle para siempre. Te aseguro que su asignación mensual la

utilizó en los mejores detectives.

A Marlena se le cortó el aliento. —Fue una trampa desde el principio.

—¿Sabes cuándo conocí a la Caroline Robertson? Hace siete años. Vendía helados en la cafetería del barrio. Cuando conoció a Robertson, me llamó asesorándose de lo que tenía que hacer si algún día llegaba a divorciarse.

—Eres cómplice de estafa y extorsión.

—No, sólo asesoré a mi cliente para que cubriera sus espaldas en caso de que en el futuro quisiera divorciarse. Eso es legal. ¿A que hace de estúpida como toda una profesional? Es actriz.

—Sois escoria.

—¡No tanto como tu cliente, que las trata como a putas!

—¡Mira quién habla de tratar a las mujeres como a putas, me has regalado unas bolas chinas sin saber siquiera tu nombre!

Jason sonrió cortándole el aliento. —Te veo preocupada por ese juguete. Nena, ¿sabes cómo se usan?

—Imbécil.

Él acercó su boca a sus labios y besó suavemente su labio inferior provocando que suspirara. —Te mueres porque te bese, ¿verdad? —susurró provocando que sus pezones se endurecieran contra su pecho justo antes de que la soltara de golpe y mirara su reloj de nuevo. —Nena, llama a Robertson antes de que esté lo bastante borracho celebrando su victoria que no entienda nada. —La miró a los ojos fríamente. —Hazlo antes de que hundas para siempre la reputación de tu cliente y de paso la tuya.

—Tengo que reunir a mi equipo y contarles la situación.

—No me des largas, Marlena. Eres el abogado principal y tú tomas las decisiones. Llámale si no quieres que a las seis de la tarde de mañana, salgan todas esas interesantes imágenes en la red.

Furiosa fue hasta su bolso colgado en el perchero y sacó su móvil. — Por cierto —dijo él yendo hacia el ventanal—. Ponte el anillo.

—Si antes era difícil, ahora es imposible.

—También decías que no ganaría, nena. Y yo gano siempre.

—Imbécil —siseó furiosa poniéndose el teléfono al oído—. Robertson, soy Marlena Brown.

Volviéndose explicó la situación lo más brevemente posible. Él dijo que estaba dispuesto a enfrentarse a las malas lenguas solo por el alcohol que ya tenía en su cuerpo. Tuvo que explicarle que no era lo mismo que las imágenes fueran vistas por un juez en una audiencia privada, a que salieran en los medios exponiéndolo al escarnio público. Que sus empresas se resentirían y que sus accionistas tendrían mucho que decir al respecto.

Eso le cerró la boca. —¡Haga el trato! ¡Y queda despedida!

Hizo una mueca colgando el teléfono y se volvió con ganas de matar a alguien. Bueno, a alguien no, a él que estaba mirando sus cosas en el escritorio como si tuviera todo el derecho del mundo. —Fuera de mi casa.

—Deberías comer algo. Estoy seguro de que al mediodía no probaste bocado demasiado ocupada en intentar marcarme los dientes.

—Muy gracioso. ¿Cuándo te vas a los Ángeles? Ejerces allí, ¿verdad?

—¿No me has escuchado? Me he trasladado. Prefiero los divorcios de los empresarios. Son más interesantes. Ponte algo rojo. Me gustas de rojo.

—¿Y cuándo me has visto de rojo si puede saberse?

—Una de las fotos de tu expediente. Llevabas un vestido rojo cruzado sobre el pecho.

Eso había sido dos meses antes en la fiesta de cumpleaños de Milly. No se había puesto ese vestido de nuevo. Asustada dio un paso atrás. —¿Qué estás haciendo?

—¿Quieres que muestre mis cartas antes de empezar?

—¡Habla claro de una maldita vez!

—¿La verdad? Tú no estás preparada para la verdad. Si lo estuvieras, te diría que sabía que Jordan no llevaría el caso a término y que Caroline se puso en contacto conmigo para que rematara el trabajo, a cambio de una comisión muy suculenta. Por supuesto dejé que Jordan estuviera el máximo tiempo posible ante el caso para el efecto sorpresa y te investigué, como investigué a todo tu equipo. —Sonrió divertido. —Es increíble que después de la vida que has llevado, no te hayas dejado hundir. Eres digna de admiración, nena.

—¿Cómo te enteraste de lo de mi padre?

—Que se suicidó en la cárcel era de dominio público y lo del psiquiatra salía en el expediente, así que un hacker hizo el resto del trabajo. Ahora todo está informatizado, incluso tu expediente y las grabaciones que hace el doctor en cada sesión. —Él apretó las mandíbulas. —Es desgarrador escuchar tus primeras sesiones. —Marlena perdió todo el color de la cara sintiéndose desnuda. —Imagínate mi sorpresa cuanto te veo en la ventana de enfrente. Lo supe en el momento que vi tus ojos y tú también. Eres mía, nena. Y más te vale que lo aceptes antes que después. Pierdo la paciencia con facilidad. Ayer no quería decir lo de tu padre. Aunque es verdad, yo no soy como él.

—Estás loco.

—Sé que igual debería ser delicado, sobre todo teniendo en cuenta tus antecedentes, pero yo no soy así. Y a ti te gusta como soy.

—Te aseguro que no me gusta una mierda como eres. ¡Porque eres entrometido, rastrero y un capullo, que se cree un ser superior que está por encima de todos y de todo!

—Te sientes amenazada.

—¡Exacto y por eso te pido por última vez que te vayas, antes de que llame a la policía y pida una orden de alejamiento!

Él apretó los labios antes de coger su chaqueta del respaldo de su silla. —¿Sabes, nena? Me acabo de dar cuenta que he cometido un error contigo. No debería haber sido sincero porque sabía que no estabas preparada. —Se acercó lentamente a ella y asustada dio un paso atrás tensándole aún más. —¿Ahora me tienes miedo? Creo que he demostrado que mis intenciones son otras.

—¡Largo de aquí!

—No hagas una tontería, nena. Recuerda a quien perteneces, antes de hacer algo de lo que te tengas que arrepentir. —Se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios. —Estás agotada, será mejor que comas algo y te acuestes. Mañana lo verás todo de otro color.

Le vio salir tranquilamente de su apartamento y Marlena corrió a pulsar el botón rojo antes de cerrar todos los pestillos. Marcó el número de su madre y muy nerviosa se puso el teléfono al oído. —¿Mamá?

—Estaba a punto de llamarte. ¿Cómo va con nuestro mirón? — preguntó divertida.

—Necesito que vengas.

—Voy para allá —respondió muy seria.

Histérica fue hasta la cocina sabiendo que necesitaba comer algo. Por eso sabía él que si no cumplía con las comidas se encontraba mal. Había escuchado todas sus conversaciones con su psiquiatra, el muy desgraciado. Que supiera todo lo que había pasado sin que ella se lo contara, lo sentía como una traición de tal calibre, que jamás podría mirarle a la cara de nuevo. Todos los episodios con su padre, cómo se sintió cuando intentó matarla, la soledad de todos esos años... lo sabía todo y se sentía tan expuesta y humillada, que sentía unas ganas de huir terribles. Nadie en la tierra sabía lo que había sentido todos esos años excepto su médico y ahora Jason. Había descubierto sus secretos más íntimos para utilizarlos contra ella y sentía un dolor indescriptible.

Se hizo una tortilla de queso, aunque no tenía nada de hambre y se obligó a comérsela sabiendo que la estaba observando. Estaba masticando el último bocado cuando al levantar la vista vio el cuadro del despacho y tirando el tenedor sobre el mármol, rodeó la península antes de caminar rabiosa hacia allí. Descolgó el cuadro golpeándolo contra la silla y rompiéndolo por la mitad. Cuando lo tiró destrozado al suelo, cogió el de la pared de enfrente y lo estrelló contra la pared una y otra vez sin darse cuenta de que estaba llorando. Destrozó uno tras otro y ni escuchó que llamaban a la puerta con insistencia. Entonces no supo lo que se le pasó por la cabeza porque fue hasta debajo del fregadero y cogió un bote de disolvente que había allí. Abrió el tapón y tiró el disolvente sobre los restos de los cuadros mientras Jason abría su ventana y gritaba llamándola.

Fuera de sí cogió el encendedor de la cocina y pulsó el botón dejándolo caer sobre los restos que prendieron al instante. Se quedó observando el fuego sin dejar de llorar recordando la carta de su padre diciendo que no soportaba que fuera una zorra como su madre. Y era justo eso. Como su madre. Pero algo en su interior nunca la dejaría ser libre.

El fuego empezó a devorar el sofá y los muebles. Sin darse cuenta dio un paso atrás chocando su espalda contra el frío cristal de la ventana antes de él fuego la rodeara y el humo entrara por sus pulmones. Tosió y se dejó caer

hasta el suelo. Sintiendo que no podía respirar, se tumbó en el suelo sin fuerzas viendo como el fuego se acercaba antes de inhalar con fuerza buscando un aire que no llegaba y perdiendo el sentido.

Le ardía la garganta y tenía algo molesto en la cara. Movi6 los párpados sintiéndolos muy pesados y agotada intentó mover su mano para apartar eso de su cara, pero algo le impedía moverla. Lo intentó de nuevo con las dos y se forzó a abrir los ojos. Todo estaba borroso y gimió de puro agotamiento queriendo que alguien le quitara aquello de la cara.

—¿Marli? —preguntó alguien suavemente a su lado—. Marli, ¿estás despierta?

La imagen borrosa de su madre se puso sobre ella. —Cariño, tienes que estar tranquila.

—Mamá. —Casi no podía hablar y le raspaba la garganta. —¿Qué me pasa?

Su madre se echó a llorar. —Nada. No te pasa nada, cariño. Descansa. Ahora tienes que descansar. —Acarició su cabello como cuando era niña y los ojos de Marlena se llenaron de lágrimas. —Shuss.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no ha pasado nada. Un accidente en tu casa, pero todo estará perfecto cuando vuelvas. Ahora descansa.

—¿Un accidente? —susurró costándole pensar.

Su madre no contestó mientras alguien de blanco se acercaba por el otro lado y tocaba un gotero. Tuvo que centrar la vista para darse cuenta de que era una enfermera, pero ese pensamiento se le borró en el acto al ver al doctor Smith ante ella mirándola con una sonrisa.

—Doctor, ¿qué hace aquí?

—Me he enterado de tu pequeño percance. —Los ojos de Marlena se cerraron sin poder evitarlo. —Ahora descansa.

Vieron cómo se quedaba dormida de nuevo y Miranda se levantó limpiándose las lágrimas mientras la enfermera le acercaba una tablilla.

Indecisa cogió el bolígrafo que el doctor le tendía. —¿Está seguro de que es lo mejor? Ayer era una mujer fuerte e inteligente que solo tenía dudas sobre lo que sentía.

—Pero por la noche intentó quemar la casa con ella dentro —dijo el doctor preocupado—. Entiendo que tenga dudas, pero algo muy grave ha tenido que pasar para que se le pasara algo así por la cabeza. Y hasta que no lo averigüe, quiero tenerla en una situación controlada.

—Pero ingresarla en una clínica...

—Es muy discreta y nadie sabrá que está allí. Eso se lo aseguro. No perjudicará su futuro profesional.

—No está loca —dijo angustiada—. ¡Esto es culpa del cabrón de su padre! ¡Tenía que habérmela llevado!

—Ya es tarde para lamentaciones.

En ese momento escucharon voces en el pasillo. —¡Que me deje pasar, joder! —La puerta se abrió de golpe dando paso a Jason, que empujó a un enfermero que le cogía por el brazo para intentar evitar que entrara en la habitación.

—¡Alto ahí! —ordenó el doctor mientras Jason se acercaba a la cama sin dejar de mirar a Marlena. Apartó al doctor—. ¿No me ha oído? ¡Mi paciente debe descansar!

Miranda impresionada vio cómo se sentaba al lado de su hija y apartaba un rizo que tenía sobre el párpado con mucha delicadeza como si temiera despertarla.

—¿Cómo está?

—Es quien sacó a Marlena de allí —le explicó Miranda al doctor, que estaba de lo más confundido—. Su vecino de enfrente. Menos mal que vio sus intenciones, porque yo estaba llamando y no me di cuenta hasta que el humo empezó a salir por debajo de la puerta. Él abrió la puerta con el hacha de la caja de incendios y entró con dos vecinos que llevaban extintores.

—Su vecino de enfrente —dijo el doctor mirándolo fijamente.

—¿Cómo está? —preguntó más tenso volviendo su cara al doctor—. ¿Está bien? ¿Se pondrá bien?

—Señora firme los papeles, por favor. Tengo que organizar el traslado.



—Con esas palabras todos se dieron cuenta que no quería comentar su estado con él y se tensó levantándose.

—¿Traslado? ¿Qué traslado?

—Quiere ingresar a mi hija —dijo indecisa.

—¿Trasladarla a dónde? —Furioso arrebató la tablilla a Miranda para leer a toda prisa.

—Oiga, ¿qué hace? —El psiquiatra intentó quitarle los papeles, pero él se apartó.

—¿Quieren meterla en una clínica de reposo? —Les fulminó con la mirada. —¡A mi mujer no le pasa nada! —gritó sobresaltándolos.

—¿Su mujer? —El psiquiatra no salía de su asombro. —¿Desde cuándo?

—¡Desde que la vi por primera vez!

Miranda se tapó la cara con las manos y Jason la miró. —Ni se te ocurra firmar esto. —Se volvió para no verle. —¡Miranda! ¡No la dejes en manos de otra persona de nuevo!

Le miró sorprendida. —¿Te lo ha contado?

Jason apretó los labios. —Me la llevo a casa. —Se acercó a la cama y Miranda chilló cuando el médico intentó impedirselo.

—¡No voy a dejar que la ingreséis!

—¡Como no se vaya, llamo a seguridad! —Jason quitó una de las correas que sujetaban sus muñecas e iba a desatar la otra cuando Miranda colocó las manos sobre las suyas. La miró con sus ojos negros y ella vio su tortura.

—No te la puedes llevar. Por una vez voy a hacer lo que es mejor para mi hija. No voy a pensar en ti. No voy a pensar en mí. Sólo voy a pensar en ella. —Levantó la tablilla y firmó antes de que pudiera impedirlo.

—¡No has hecho bien! ¡Se va a sentir abandonada de nuevo! —gritó furioso.

—Podrán visitarla dentro de un mes —dijo el doctor.

—¿Un mes? —Jason se enfrentó a él. —¿Me está diciendo que no puedo verla en un mes?

—Creo que usted es el detonante de lo que ha pasado y hasta que no descubra lo que ha ocurrido y si eso ha influido en ella para llegar a esta situación, no podrá visitarla. ¡Ahora váyase antes de que pierda la paciencia!

Jason se volvió hacia Marlena y metió la mano en el bolsillo del pantalón cogiendo después su mano izquierda. Miranda sin dejar de llorar vio como le ponía un anillo de compromiso en el dedo y se acercaba para susurrarle al oído —Nena, estoy aquí. Te quiero de vuelta cuanto antes, ¿me oyes? Y empezaremos de nuevo. Te dejo el anillo para que no pienses que me he olvidado de que eres mía. —Se alejó y besó su dedo antes de salir de la habitación.

—¿Nos creará problemas?

Miranda miró a su hija. —Hasta que no la tenga a su lado sí.

—Pues habrá que darse prisa con la terapia. La trasladaremos mañana mismo.

## Capítulo 8

Marlena sentada en un banco del jardín cruzada de brazos, miraba la fuente que tenía delante impacientándose. ¿Cuánto tiempo más tenía que quedarse allí? ¡Joder, llevaba tres semanas mirando aquella maldita fuente! Iba a matar a su madre.

El reflejo de la luz hizo brillar el anillo y apretó los labios gruñendo, porque incomprensiblemente lo único que le aliviaba era mirar ese anillo. Se echó a llorar cuando se lo vio puesto el primer día que fue consciente de dónde estaba y aunque pensó en quitárselo millones de veces. Después de tres semanas era incapaz de hacerlo. Definitivamente aquel era su sitio. Rodeada de chiflados.

Una mujer de unos sesenta años, que iba en bata, pasó ante ella empujando un carrito de bebé. —Buenos días.

—Buenos días —respondió forzando una sonrisa.

—¿Usted también trae a su niño al parque?

Marlena miró a su alrededor. ¿Dónde coño estaba su cuidadora? —No, sólo vengo a ver la fuente.

La vieja la miró como si hubiera perdido un tornillo y se alejó a toda prisa. Suspiró apoyando la espalda en el respaldo del banco. Alejaba hasta los chiflados.

El doctor Smith se acercó sonriendo con su carpeta de cuero en la mano. —Buenos días, Marlena.

—Serán buenos para usted. ¿Puedo irme?

—Te irás cuando crea que estás preparada.

—¡Joder! ¡Estoy preparada! ¡No sé lo que me ocurrió ese día! Se me

cruzó un cable, ¿de acuerdo? ¿A quién no le pasa alguna vez? ¡Ni siquiera me acuerdo! Hice la cena y destrocé unos cuadros. ¿Y qué? ¡Eran míos!

—Casi te quemas a ti misma, Marlena. ¿No crees que eso es un problema?

—¡Sí, es un problema horrible! ¡El problema es que usted no tenga un sistema informático más avanzado! —El siquiatra se sonrojó. —¡Y que Jason sea un manipulador! ¡El problema es que mi padre estaba chiflado y no quiero sentirme como una zorra más en la vida porque me atraiga un hombre que quiera ser dominante conmigo! —Se levantó y le señaló con el dedo. —Pero, ¿sabe qué? ¡Que me gusta! ¡Quiero estar con él y comprobar si es capaz de hacer que me exploten las neuronas de placer cuando me toque! ¡Y quiero esto! —Le mostró la mano. —¡Y mil cosas más que en este momento no se me ocurren, porque en lo único en que puedo pensar, es que quiero volver a casa y verle a través de mi ventana!

—Pues vete.

Parpadeó sorprendida. —¿Qué?

—Sale un autobús para la ciudad en una hora.

Se miraron a los ojos. —¿De verdad? ¿No es una trampa o algo así?

—Sólo contéstame a una pregunta.

—¡Lo sabía! ¡Es un chantaje! Uy, qué manipuladores son los hombres.

El doctor Smith sonrió. —¿Qué sientes ahora al saber que Jason sabe todo lo que ocurrió y que esos hechos pudieron provocar tus actos? ¿No le consideras responsable?

—¡Le considero responsable de ser un cotilla!

—Todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus miedos. Lo sabe todo de ti. —Marlena palideció. —Si me pasara a mí, me sentiría desnudo ante la otra persona.

—No estaba preparada para que supiera algo así. Ni siquiera Milly ni mi madre saben todo lo que ocurrió.

—Te dolió. Fue como si te arrancara tus pensamientos. —Los ojos de Marlena se llenaron de lágrimas. —Te acorraló y tú intentaste huir del dolor.

—¡Sí! ¡Intente huir de lo que me hacía sentir!

—¿Por qué? Acabas de decir que quieres estar con él.

—¡Porque nunca seré feliz! —gritó desgarrada—. ¡Porque las enseñanzas de mi padre siempre me torturarán! ¡No soy normal!

—¿Por qué no te consideras normal?

—¡Será porque tengo veintisiete años y no tengo vida! ¡Si ni siquiera he tenido una relación sexual satisfactoria en toda mi vida!

—Pero con él sí que crees que la tendrás. —Se sonrojó intensamente.  
—¿Por qué?

Apretó los puños nerviosa. —Me excita. Nunca me había sentido así con un hombre.

—Pero él te domina. Quiero controlar tu vida. Entra en tu apartamento y te pone un anillo en el dedo cuando tú lo habías rechazado. ¿Qué opinas de eso? —Marlena se quedó callada y le dio la espalda mirando la fuente. —  
¿Qué opinas de que quiera dominar tu vida?

—Me asusta. Nunca he querido casarme.

—Pero él te ha puesto un anillo en el dedo. ¿Crees que Jason comprenderá que tú no quieras casarte?

Marlena se echó a reír sin poder evitarlo volviéndose. —Lo comprenderá.

—¿De veras?

—Lo comprenderá y después hará lo que le dé la gana.

—Pasaste muchos años con un hombre que dominó tu vida. ¿Quieres unirte a otro que hará lo mismo?

—¡No es lo mismo!

—Ya te hizo daño al decirte todas esas cosas para las que no estabas preparada. Sabía que te haría daño y aun así te las dijo. ¿Qué propósito crees que tenía?

—Quería que supiera que no es como mi padre.

—¿Y no lo es?

Negó con la cabeza. —No se parecen en nada. —Se sentó en el banco suspirando. —Mi padre era un ser inseguro que se asustaba por todo. En

cuanto se fue mi madre, el pánico le invadió y la tomó conmigo. Jason no es así.

—Casi no le conoces. ¿Cómo crees que es?

—Es fuerte y decidido. —Sonrió con pena. —Demasiado decidido. No se detiene ante nadie.

—¿Ni ante ti?

—Ante nadie.

—¿Cómo crees que será su comportamiento en cuanto salgas de aquí? ¿Cómo te gustaría a ti que fuera?

—Me gustaría que se lo tomara con calma. —Se miró las manos. —Que no me agobiara. Necesito sentirme normal.

—¿Quieres trabajar de nuevo?

—Sí. Y me gustaría tener una cita. Una cita de verdad. Hace mucho tiempo que no tengo una cita romántica.

—¿Y qué más?

Se puso como un tomate. —Quiero sexo. —El señor Smith se echó a reír a carcajadas y ella sonrió. —Pero del bueno.

Su médico asintió. —Muy bien, Marlena. Te veo el jueves en consulta. Tienes cuarenta minutos para hacer tu equipaje.

Le miró ilusionada. —¿No era mentira?

—Date prisa.

Chilló de alegría y le abrazó dándole un beso en la mejilla. —¡Gracias, gracias!

Echó a correr hacia el enorme edificio de la clínica para recoger la poca ropa que tenía. Se la había enviado su madre con una nota que decía que no se preocupara, que parte del apartamento se había salvado y estaría listo en dos semanas. Habían pasado tres, así que volvería a su casa.

El doctor Smith le entregó dinero y su documentación al salir, así como su móvil. Ya en el autobús encendió el teléfono impaciente por comunicarse con alguien cuando vio los mensajes de texto de Jason. Sonrió al leer el primero el día después de su ingreso. Simplemente ponía “Te estoy esperando en casa” y al leer el siguiente vio que ponía lo mismo. Se echó a

reír después del décimo mensaje porque en ese ya estaba perdiendo la paciencia “¡Date prisa!” “Nena, no puedo esperar más. Como no vengas este fin de semana, voy a buscarte. Ya sabes lo bien que abro puertas”

Iba a llamarle, pero se arrepintió. Prefería que fuera una sorpresa. Llamó a su madre que se alegró muchísimo cuando se enteró de que salía. — Tendrías que haberme llamado. Hubiera ido a buscarte.

—Estoy deseando llegar a casa.

—Tiene una llave el portero, porque tenía que abrir a los obreros.

—Gracias por ocuparte.

—¡Si no he sido yo! Jason se ha encargado de todo. No me ha dejado hacer nada.

Sonrió. —¿De verdad?

—Ha quedado estupendamente.

—¿Cómo está?

—¡Impaciente y muy pesado! Malcom está harto de coger el teléfono a las tres de la mañana para escucharle preguntar si sabía algo de ti.

—¿A las tres de la mañana?

—Pretendía que fuera a sacarte de la clínica y me ha amenazado miles de veces con demandarme. Dice que es una tortura. Interrumpir el sueño hace que se te crispen los nervios y cedas. Él lo practica bastante bien.

Marlena se echó a reír. —La verdad es que esos días tampoco dormí mucho.

—Lo sé. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —¿Estás bien?

—Mamá, si no estuviera bien, el doctor Smith no me hubiera dejado salir. Estoy algo nerviosa por...

—Por verle.

—No sé cómo voy a reaccionar.

—Yo me preocuparía más de cómo va a reaccionar él.

—¡Eso es estupendo para calmarme los nervios!

Su madre se echó a reír. —Llama a Milly, está preocupada por ti. No se

ha tragado lo de las vacaciones después del incendio.

—¿Cómo está?

—Otra que no deja de llamar preguntando si estás bien.

—Ahora la llamo.

—¿Necesitas algo? No sé si tienes comida o...

—Mamá, estoy bien.

Miranda suspiró. —Cariño, si necesitas cualquier cosa...

—Lo sé. Te llamaré.

—Te quiero. —Marlena se mordió el labio inferior y su madre dijo rápidamente —Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, hablamos mañana. Y mamá... Yo también te quiero —susurró avergonzada antes de colgar.

Se quedó con el móvil en la mano algo incómoda por tener que llamar a Milly, pero las tiritas cuanto antes se quitaran, mucho mejor. Debía estar en el trabajo, aunque si ella no estaba, no debía tener mucho que hacer. Suspiró pulsando el botón verde.

—¿Marlena? —preguntó en un susurro.

—Hola, ¿qué haces?

—Morirme del asco. ¿Dónde coño estás?

Frunció el ceño. —¿Dónde estás tú?

—En una reunión con mi nuevo jefe. —Se quedó de piedra escuchándola decir más alto —Que sí, que ya cuelgo. ¡Es una urgencia! —Escuchó que caminaba y un portazo. —¡Han ascendido a Harry! ¿Dónde estás?

—¿Que han ascendido a ese inútil? —gritó a los cuatro vientos haciendo que medio autobús la mirara. Se encogió en su asiento. —¿Me han despedido?

—¿Pues qué quieres que te diga? ¡Después de que Robertson no quedara nada contento al tener que pagar veinte millones y que tú ni siquiera aparecieras...! ¡Después me entero de que se te ha quemado el piso y que te has tomado unas vacaciones! Así que por aquí se lo han tomado un poco mal.



Han quitado tu nombre de la puerta.

De repente se sintió liberada. Desde hacía tanto tiempo había dependido del trabajo para llenar su vida, que ahora que no lo tenía, debería estar de los nervios, pero no. Era todo lo contrario. Era libre para hacer lo que quisiera.

—Me voy a tomar unas vacaciones.

—¿Otras? ¿Dónde has estado?

—No quiero explicártelo por teléfono. Sólo te voy a decir que el incendio fue culpa mía y que yo estaba dentro del piso.

El silencio al otro lado de la línea le indicó que su amiga lo había entendido.

—¿Fue culpa mía? ¿Por contármelo?

—¡No! No. No ha sido culpa de nadie... Fueron un cúmulo de cosas que me llevaron al límite. Pero no tiene nada que ver contigo. Te lo aseguro. Me sentó bien hablar con alguien. Si no hubiera sido por ti, nunca hubiera hablado con mi madre.

—¿Fue por él?

—Sí. Fue por él, en parte. No supe asimilar todo lo que sentía en ese momento y...

—¿Y ahora puedes?

Suspiró pasándose la mano por la frente. —No lo sé. Pero lo que sí sé es que algo tiene que cambiar y esa soy yo.

—¿Quieres que vaya a verte?

—Necesito unos días. ¿Lo comprendes?

—Sí. Llámame para sacarme de este infierno.

Se echó a reír. —Claro. Eres mi ayudante. Donde vaya yo, allí estarás tú.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo emocionada—. Te llamo mañana, ¿vale? Estamos llegando.

—Vale.

Guardó el teléfono y en cuanto llegó a la estación de autobuses, corrió hasta la parada de taxi. Después de dar su dirección, inquieta miró su anillo preocupada por la reacción de Jason al verla. Eran las tres de la tarde y seguramente estaría trabajando. Eso le daría unas horas para relajarse antes de verle de nuevo.

Al llegar al edificio miró hacia arriba. No parecía que hubiera pasado nada. Todo seguía igual. Entró en el portal y el portero fue muy amable con ella preguntándole si se encontraba bien después de su desafortunado accidente. Al parecer el administrador del edificio se había encargado de pagar las obras por miedo a una demanda a causa de la ausencia de la escalera de incendios, y el pobre se había puesto de acuerdo con su seguro. Estaba convencida de que Jason había tenido algo que ver en el asunto.

Llegó a su puerta nueva y tomó aire antes de meter la llave en la cerradura. En cuanto la abrió, se quedó helada porque el apartamento estaba exactamente igual que antes del incendio. Desde allí vio que su sofá nuevo era tan parecido al otro, que cualquier otra persona pensaría que era el mismo. Entró dejando la maleta al lado de la puerta mirando su cama. Sonrió al ver que era algo más grande que la anterior, pero del mismo estilo. Incluso la colcha beige era parecida. El suelo totalmente nuevo era del mismo color y estaba impecablemente limpio. Se quitó las deportivas y caminó hacia la cocina. Entrecerró los ojos. ¿No se habría quemado? Con curiosidad se acercó y abrió una alacena para ver que estaba vacía. Sí, estaba claro que eran nuevos. Cerró la puerta y la acarició.

Que se hubiera tomado las molestias de escoger exactamente los muebles que tenía antes la emocionó. Salió de la cocina y acarició la tela del sofá pasando a su despacho. Incluso le había comprado un portátil nuevo y había buscado los libros de leyes de su especialidad. Una lágrima cayó por su mejilla al ver que se los había colocado por orden alfabético. Subió los tres escalones hacia su dormitorio y entró en su vestidor, que no había sido tocado por el fuego. Estaba claro que no le había dado tiempo a colocar su ropa. La habían enviado a la tintorería y todos sus trajes estaban dentro de plásticos transparentes. Se mordió el labio inferior. Igual no quería que se ensuciaran pues no sabían cuánto tiempo iba a estar ingresada. Un vistazo al baño y vio que también era el suyo. Sonrió al ver una pastilla de jabón en el lavabo. Volvió al vestidor y abrió el cajón de la ropa interior. La cajita de la pastilla que le había regalado Jason estaba allí. Se preguntó si él la había visto y

supuso que sí. Había cuidado cada uno de los detalles para que todo estuviera perfecto a su regreso y supo en ese momento que estaba totalmente enamorada de él y que haría lo que hiciera falta para conseguir ser feliz a su lado.

Se duchó y se puso una bata de seda roja que ella no tenía antes del incendio. Le había dicho que le gustaba que vistiera de rojo. Se sentó en el sofá con una taza de té en la mano mirando la pared donde antes estaba uno de los cuadros que había destrozado. Estaba claro que no había querido que los recordara, porque no había colgado ni un solo cuadro en toda la casa.

Un movimiento en la ventana de enfrente le llamó la atención y giró la cabeza cortándosele el aliento cuando vio que se encendía una luz. Ni se había dado cuenta que había empezado a oscurecer. Dejó la taza sobre la mesa de centro y se levantó lentamente para acercarse a la ventana. Vio como dejaba su maletín sobre el sofá y se aflojaba la corbata azul que llevaba, antes de desbrochar el botón de la camisa mirando unas cartas que tenía en la mano. Caminó por el salón moviendo las cartas una tras otra para desecharlas sobre el aparador donde tenía las bebidas. Cogió un vaso de cristal tallado y se sirvió un whisky. Se volvió con el vaso en la mano dispuesto a beber y se detuvo en seco cuando la vio. Marlena dio un paso hacia su ventana y sin darse cuenta estiró la mano sobre el cristal mirando sus ojos negros e intentando descubrir qué pensaba. Gimió cuando vio que después de la sorpresa se ponía furioso y dejaba el vaso sobre la mesa antes de ir hacia la puerta de su apartamento.

Confundida susurró —¿Jason?

Cuando salió de su apartamento, ella se apretó las manos inquieta. ¿Se había enfadado por verla? ¿Esperaba que no volviera? No entendía nada. Volvió a mirar su apartamento. ¿Debería haberle llamado? Igual pensaba que era una desagradecida por no haberle llamado para darle las gracias por salvarle la vida. Miró su anillo. Estaban prometidos y ella no le había llamado ni una sola vez.

El sonido de la llave en la puerta la hizo volverse para verle entrar cerrando de un portazo. Estaba realmente furioso y se acercó sin decir una palabra mirándola de arriba abajo. Cuando llegó frente a ella, Marlena tembló por su proximidad como si su cuerpo le hubiera echado de menos.

—Estás aquí —dijo entre dientes realmente fuera de sí.

Intentó sonreír apretándose las manos. —He salido hoy.

—Has salido hoy. —La cogió de la nuca pegándola a él. —¡No deberías haber entrado en ese sitio nunca! —le gritó a la cara.

Marlena no sintió miedo en ningún momento sino todo lo contrario. La excitación recorrió cada centímetro de su piel por su contacto y separó los labios deseando que la besara. Él apretó la mano de su nuca y llevó la otra mano a su barbilla para decir fríamente. —¿Quieres morir?

—No.

—¡Nena, como se te ocurra pensar algo así otra vez, no volverás a verme jamás! —Marlena palideció sin darse cuenta y él bajó la mano de su barbilla hasta uno de sus pechos apretándolo. —¡Eres mía! ¡Repítelo!

—Soy tuya —susurró sin dudar mirando sus ojos.

—Ahora vas a pagar todas estas semanas sin saber de ti. —La soltó de repente y siseó —Quítate la bata.

Con las manos temblorosas desató la bata lentamente y la dejó caer al suelo. La miró fríamente de arriba abajo deteniéndose en sus pechos erectos antes de mirar sus ojos. —¿Estás excitada, nena? —Se sonrojó sin contestar. —¡Responde a la pregunta!

—Sí.

—¿Has pensado en mí? ¿Te has imaginado lo que te voy a hacer?

—Sí. —Sin aliento desvió la mirada a su entrepierna.

—¿Y qué te has imaginado?

—Que me harías el amor.

—No, nena. No te voy a hacer el amor. —Sorprendida le miró a los ojos. —Te voy a follar. —Su corazón saltó en su pecho y apretó las piernas sin darse cuenta. —Ven aquí y desnúdame.

Nerviosa se acercó a él y le desató del todo la corbata con movimientos torpes. —Cuéntame qué has imaginado que te hacía.

Se puso como un tomate dejando caer la corbata al suelo. —Que me follabas.

—Descríbelo. Y mírame a los ojos cuando te hablo.

Lo hizo empujando su chaqueta por los hombros para dejarla caer al suelo y susurró —Me follabas con fuerza.

Él le dio un azote en el trasero que la sobresaltó y le miró sorprendida. —¡Qué más! Eso ya lo has dicho.

—Me chupabas los pechos. —Le sacó la camisa y cogió una de sus muñecas para desabrochar el puño. Él le tendió la otra e hizo lo mismo. —Y me... —Otro azote la sobresaltó de nuevo.

—Date prisa. Llevo mucho tiempo sin que me la chupen por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —preguntó excitadísima.

—¡Estoy comprometido contigo! ¡Es tu obligación satisfacerme!

—Sí —respondió sin darse cuenta quitándole la camisa. Él no colaboró y tuvo que rodearle para quitársela. Cuando volvió frente a él, abrió su cinturón deseando besar su pecho.

—Los zapatos.

Se agachó de inmediato y le desató los cordones. —Continúa con lo que te hacía.

—Me besabas el sexo. Contigo me corría.

A Jason se le cortó el aliento y cuando le quitó los calcetines él mismo se desabrochó el pantalón dejándolo caer. Ella miró hacia arriba viendo su excitación a través de sus calzoncillos. —Quítamelos.

Se lamió el labio inferior llevando sus manos a la cinturilla de sus bóxer y tiró lentamente de ellos hacia abajo para mostrar su sexo endurecido hasta sacárselos con los pantalones. Indecisa le miró a los ojos sin moverse y Jason susurró con voz ronca —¿Sabes cuántas veces me he imaginado que estabas exactamente en esa posición, nena? Abre la boca.

Marlena lo hizo y él le cogió la nuca metiéndole su sexo en la boca. Sin dejar de mirarle a los ojos chupó su miembro sintiendo que había ganado una batalla al ver el brillo de deseo en sus ojos. La deseaba, era suyo y nada podría separarlos. Él cerró los ojos disfrutando de sus caricias sin dejar de mover sus caderas hasta que se apartó de Marlena de golpe. —¡Basta!

Confundida preguntó —¿Por qué?

Jason sonrió irónico. —Porque lo digo yo. —La cogió por el cabello

levantándola y ella chilló de la sorpresa cuando tiró de ella hacia el dormitorio hasta tirarla en la cama.

—¿Jason?

—Esto va así, nena —dijo yendo hasta una esquina de la cama y sacando una correa de cuero de debajo del colcho. Marlina abrió los ojos como platos al ver como cogía uno de sus tobillos y se lo ataba—. Te has portado mal. Vas a pagar durante varios días esa gilipollez que hiciste, hasta que se me pase el cabreo.

—¿Pagar?

—Mereces un castigo.

Esa palabra recordó a otras del pasado y Jason entrecerró los ojos cogiendo su otro tobillo. —Ni se te ocurra pensar en nada que no sea en nosotros, Marlina.

—¿Cómo sabías...?

—¡Porque te conozco! —Arrodilló una pierna a su lado y la cogió por la barbilla apretando sus dedos con fuerza. —Desde hoy tu pasado no importa. ¡Juzga tu presente, porque si no serás castigada a menudo!

—¿Qué?

Él entrecerró los ojos y siseó —Me parece que no lo entenderás hasta que no lo experimentes. Tranquila, después de esta noche ya no tendrás dudas de lo que quiero decir.

Cogió su muñeca y ella algo asustada se resistió a que la atara. Jason alargó una mano y le retorció un pezón provocando que Marlina gritara por el placer que la recorrió. Con los ojos como platos vio que él sonreía antes de sentarse a horcajadas sobre ella y atar su otra muñeca. Marlina se retorció cuando el vello de sus muslos acarició la sensible piel de los costados de sus pechos y Jason sonrió malicioso. —Nena, para no haberte corrido nunca, te veo de lo más excitada.

—¡Muy gracioso! —gritó sin poder evitarlo.

—Así me gusta. Quiero a mi chica de vuelta. —Alargó la mano hacia atrás sin dejar de mirarla y acarició su vientre hasta llegar a su sexo. Marlina gritó cuando la acarició de arriba abajo y levantó la cadera sin darse cuenta. —Estás muy mojada, nena. ¿Quieres correrte?

—¡Sí!

—Veremos lo que podemos hacer. —Le dio una palmada en el clítoris que la dejó sin aliento y al borde del orgasmo. —Pero antes tienes que tener tu castigo.

—¡Jason! —gritó cuando se apartó de ella. Se retorció deseando que la tocara y él de pie a su lado, abrió el cajón de la mesilla, sacando un vibrador negro. —¿Qué? Jason, ¿qué haces?

—Esto te va a encantar. Vibra, ¿sabes?

—¡No tiene gracia!

—¿Es que creías que después de tu infracción ibas a llegar y te iba a recibir con los brazos abiertos? Esto no va así. Si no pasas por el aro cuando y como yo digo, me cabreas y pasan estas cosas. —Le mostró el vibrador y lo encendió. —Un ligero movimiento para tenerte lo suficientemente excitada para mantenerte alerta.

Lo acercó a su clítoris y la acarició con él provocando que cerrara los ojos de placer. —¿Te gusta? Pero no es suficiente, ¿verdad? —Lo metió suavemente en su interior torturándola y lo movió lentamente una y otra vez, dejándola al borde del orgasmo. Pero no llegaba y frustrada sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sin sacarle el juguete, se acercó a la cabecera y se tensó al ver sus ojos. —¿Crees que no puedes llegar? ¡Vas a correrte tanto que me suplicarás que te deje en paz!

—¡Pues hazlo! —gritó desesperada.

—¿Quieres una muestra? —La besó suavemente en los labios antes de cogerla por la nuca y entrar en su boca saboreándola con tal pasión, que ella dejó de ser consciente de todo, justo antes de que le diera una palmada en su sexo que la estremeció con fuerza en un orgasmo que la sorprendió gritando en su boca. Él se apartó acariciando su centro de placer para alargar su placer y sonrió susurrando —Nunca dudes que soy lo que necesitas. Estás preciosa cuando te corres.

Suspirando se retorció todavía disfrutando de las sensaciones que la recorrían y el consolador no ayudaba nada a que volviera en sí, pero él se lo quitó estremeciéndola de nuevo.

Jason la miró divertido y se sentó a su lado acariciando su vientre hasta llegar a su pecho. —Nena, creo que vas a sorprenderme hasta a mí.

Ella sonrió abriendo sus ojos verdes brillantes por la excitación. — Házme de nuevo. Quiero más.

—Y vas a tener más, pero cuando yo lo diga. —Se agachó y se metió uno de sus pezones en la boca. Chupó con deseo, provocando que se arqueara con fuerza antes de bajar sus labios hasta su ombligo. Gimió de necesidad y cuando sus labios llegaron a sexo fue una tortura tan exquisita, que ni en sus mejores sueños se hubiera imaginado algo así. Jason la mantuvo al borde del abismo durante horas. Acariciando besando e incluso mordiendo suavemente su piel hasta que estuvo tan sensible que lloriqueaba para que la liberara.

—Dime que no volverás a hacerlo —ordenó cogiéndola por las caderas arrodillado entre sus piernas.

—¿Qué? —No podía ni pensar.

—¡Dime que no volverás a hacerlo! Como vuelvas a hacerte daño por algo que haya dicho o hecho, no volverás a verme. ¡Júramelo!

Marlena le miró a los ojos. —No volveré a hacerme daño.

Entró en ella con fuerza haciéndola gritar por la sorpresa y el placer que la recorrió. Sujetándola de las caderas repitió el movimiento una y otra vez tensando todo su cuerpo con fuerza. Tiró de las correas al borde de la liberación y Jason se tumbó sobre ella. —Mírame —dijo con la voz entrecortada—. Marlena quiero ver tus ojos cuando te corras.

Sin saber de dónde sacaba las fuerzas, abrió los ojos y Jason entró en ella con una estocada final que la catapultó al paraíso.

Ni fue consciente de que la soltaba y que la abrazaba a él. Totalmente ida, se dejó hacer como si fuera una muñeca hasta que el placer empezó a disiparse poco a poco dejándola totalmente relajada sobre su pecho. Jason cogió su mano izquierda y miró su anillo.

—Nos casaremos la semana que viene y te tomarás un descanso.

En ese momento le daba todo igual. Sólo quería sentirle. —Me mudaré aquí de momento, pero necesitaremos algo más grande más adelante.

Marlena abrió los ojos. —¿Por qué?

—Porque cuando llegue el bebé no podemos vivir en un loft.

Levantó la cabeza sorprendida y Jason entrecerró los ojos. —No empieces, Marlena.



—No seré buena madre.

—Eso no es cierto. Vas a ser una madre estupenda porque sabes de sobra lo que necesita un bebé. Tú más que nadie sabe lo que necesita y se lo vas a dar. —Le acarició la mejilla. —Nunca vuelvas a dudar de ti. Has sobrevivido a un infierno y te has convertido en una profesional de éxito.

—¡Pero soy un desastre!

—¡No lo eres! Tuviste un momento de debilidad y como te dije fue culpa mía. Me equivoqué al decirte la verdad.

Ella suspiró apartándose y Jason se sentó cogiéndola por los brazos para detenerla. —Escúchame bien. No voy a dejar que pienses ni por un segundo que no puedes con todo lo que te propongas. Vas a darme un hijo, acéptalo y sigue adelante. En lo único que tienes que pensar en este momento, es en el vestido que quieres ponerte para la boda.

—Nunca he querido casarme —susurró poniéndose nerviosa.

—¿Me estás diciendo que no?

Ella dudó su respuesta y antes de darse cuenta estaba tirada en la cama con él encima. Gimió cuando sintió su miembro acariciándola íntimamente. —¿Todavía no te has dado cuenta que no me gusta que me contradigan? —Entró en ella con fuerza. —Pero esta noche vas a descubrir que es mejor darme la razón en todo.

## Capítulo 9

Marlena después de tres horas de un orgasmo tras otro, suplicó que la dejara, gritando que sí que se casarían. Justo en ese momento la dejó descansar, quedándose dormida casi al instante. Durmió hasta el mediodía y solo el sonido del teléfono la despertó. Se arrastró fuera de la cama sintiendo tantas agujetas que casi no podía ni moverse y desnuda caminó hasta su bolso donde cogió el móvil. Gimió al ver la cara de su madre. —Mamá, te llamo cuando pueda ser capaz de hilar los pensamientos. En este momento estoy fuera de servicio.

La risita de su madre la hizo poner los ojos en blanco y volvió a la cama con el móvil. —Ha debido ser impresionante. Menudo yerno tengo. Debe tener una energía con todo ese deporte que hace...

—No lo sabes bien. —Se dejó caer en la cama mirando el techo. — Joder, me duele todo. Y cuando digo todo, es todo.

Miranda se echó a reír a carcajadas. —Me da la sensación que no ha sido demasiado duro contigo.

Abrió los ojos como platos. —¿Puede serlo más?

—Cariño, no sé hasta qué punto es dominante, pero los hay que dan castigos físicos muy duros y hablo de dejarte el culo morado con una vara para que no te puedas sentar en una semana.

—Entonces no ha sido muy duro —dijo preocupada—. ¿Crees que irá a más?

—Acabáis de empezar, pero no te preocupes, nunca hará algo que tú no quieras.

Eso fue un alivio. —Además teniendo en cuenta tus circunstancias, seguro que se controlará.

Ella tampoco quería eso. No quería que su pasado interfiriera en su relación con Jason. —¿Qué ha sido lo más duro que has hecho tú, mamá? — Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Dímelo. Prometo no juzgarte.

Su madre suspiró. —Yo llevo muchos años con Malcom y a veces necesita cosas...

—¿Cómo qué?

—Existe un club del que es socio. Me lleva allí de vez en cuando para compartirme con otros hombres.

Marlena se quedó sin aliento. —No creas que a mí no me gusta. Me excita eso y para mí es como un premio.

—Un premio.

—Pero hay otros que no toleran que toquen a sus mujeres. Las consideran tuyas y son implacables si son tocadas por otros hombres.

—¿Implacables?

—Un día presencié una pelea en el club. Uno de los socios se acercó a una mujer que esperaba sola en una mesa. Es una de las pocas socias femeninas que hay, pero al parecer tenía una relación con un socio. El tipo pensando que era una de las chicas que proporciona el club para los socios, se sacó la polla para que se la chupara. La cogió por el cuello y la obligó a acercar la cara. Ella no quería, pero el tipo pensaba que estaba fingiendo. Cuando llegó el socio con el que tenía una relación y la vio con el pene del tipo en la cara, perdió el control y se tiró sobre ellos.

—Dios mío. ¿Y qué pasó después?

—El tipo recibió una paliza y la chica... la chica no volvió al club. Al parecer al salir del local estaban discutiendo y tuvieron un accidente de coche. Un cristal del parabrisas se le incrustó a la chica en el cuello.

—¿Se murió?

—No, no se murió, pero su marido no la deja salir de casa. ¿Entiendes cuando te digo que son implacables? Sara solo va de casa al trabajo hasta que se le pase el cabreo y lleva así un año.

—¿Se casó con ella?

Su madre se echó a reír. —Oh, sí. Se casó con ella. Menos mal que es

médico y muy reputado. Le salvó la vida a su mujer.

—¿Y él volvió al club? —preguntó con desconfianza.

—Sí, está allí a menudo.

—¿Me estás diciendo que tengo que soportar los cuernos? —preguntó alterada. El silencio de su madre le dijo que sí. —¡Ni hablar! —exclamó furiosa.

—Nuestros hombres no se rigen por las reglas habituales. Se rigen por las tuyas. O las sigues o vas a sufrir, cariño.

—¡No me va a poner los cuernos! ¡Me importan una mierda sus reglas! ¡Esto tengo que hablarlo con él, porque por ahí no paso! ¡Y por lo de los otros tampoco!

—Uy, uy. Pues tendrás que tenerlo muy entretenido, cielo. ¿Cómo piensas hacer para que en lo que os queda de vida juntos, no se llegue a aburrir de la relación que tiene contigo?

Entrecerró los ojos. —Una vez me dijiste que no cediera demasiado.

—Pero eso... cariño, a veces para provocarles les llevas la contraria para que se animen. Pero si lo haces mucho, recibirás un castigo en condiciones. ¿Me has entendido?

—¡No puedo consentir que se acueste con otras!

—Por cierto, me ha llamado esta mañana para decir que estoy invitada a tu boda la semana que viene.

—¿Y cuándo va a ser?

—El sábado. A la una.

—Esto es increíble. Se entera antes mi madre que yo.

Miranda se echó a reír. —¿Qué quieres de regalo de novios?

—¿No se lo has preguntado a mi prometido? —preguntó irónica.

—Me ha dicho que te lo pregunte a ti. También me ha comentado que si sé de alguna casa en venta y la que está al lado de la mía se vende. He ido a preguntar y...

—¡Mamá, ni siquiera me he casado!

—Piden cinco millones. Es perfecta y estarás a mi lado. Si quieres

verla, el portero tiene las llaves.

—¿Cinco millones? ¿Estás loca?

—A tu marido le ha parecido bien.

—¿Ya se lo has contado?

Su madre gimió. —Es la costumbre.

—¡Mamá!

—¡Cariño, no puedo eliminar mi manera de ser así como así! ¡Malcom me ha enseñado bien!

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Le amas?

—Es el hombre de mi vida. Si algún día me faltara... Menos mal que va para viejo y no creo que me cambie ahora. Además, sé que me quiere, aunque no me lo diga. Se casó conmigo cuando no tenía por qué hacerlo.

—¿Eso puede pasar?

—Nadie garantiza el éxito de un matrimonio, cariño. ¿Le quieres?

—Sí —respondió ansiosa.

—Pues cástate con él y sé feliz. Lo demás no importa.

Marlena sonrió girándose en la cama para mirar la ventana. —¿Estaba trabajando?

—Eres una esposa pésima. Pero ya te enderezará. Debes levantarte a la misma hora que él.

—Después de la noche que me ha dado, no hubiera sido capaz.

Su madre se echó a reír. —Llámame si necesitas algo.

—Vale. Voy a ver si puedo arrastrarme hacia la ducha.

Escuchó reír a su madre mientras colgaba.

Mientras se duchaba, pensó en todo lo que le había dicho su madre y decidió comprobar si tenía razón. Se puso unos vaqueros y una camiseta. Salió de casa para dar una vuelta. Estaba comiéndose un bollo con un café sentada en un banco y sacó su móvil llamando al número de Jason. Sonrió divertida porque a esa hora seguro que le molestaba.

—Hola, nena. ¿Qué ocurre?

—¿Te pillo ocupado?

—Estoy con un cliente.

—Estaba pensando que me gustaría algo en Park Avenue. ¿Tú que dices?

—Lo hablaremos después —dijo muy tenso.

—Hay una por siete millones que me encanta. Lo he mirado en internet.

—¿No me digas? Lo hablaremos luego. Estoy más de acuerdo con la casa al lado de tu madre.

—Y sobre la boda...

—Ya me he encargado de eso —dijo con impaciencia—. Marlena, tengo que colgar. Estoy con un cliente.

—Y he pensado que podíamos salir a cenar.

—Esta noche ceno con un cliente.

—¡Jason! ¡Acabo de llegar! —dijo como si fuera una niña—. ¿No me has echado de menos?

—Marlena...

—¿Estoy siendo mala? —preguntó sensualmente cortándole el aliento—. ¿Me castigarás?

—No estás en casa, ¿verdad?

—Estoy en el parque tomando un bollo. Mmm, es de chocolate y está delicioso. Cariño, ¿te gusta el chocolate? Hay muchas cosas que desconozco de ti.

—Pues ahora vas a ir hasta casa y me vas a esperar allí —lo dijo como si nada que Marlena sonrió de oreja a oreja.

—Iba a ir a hacerme las uñas y a la peluquería a cortarme el pelo. ¿Qué te parece por los hombros? Ahora se lleva corto.

—¡A casa! —gritó a los cuatro vientos.

—Vale. ¿Me quito las bolas chinas?

—Me cago en... —Respiró hondo. —Marlena, más te vale que estés en

casa cuando llegue.

Una hora después estaba esperándole totalmente desnuda sentada sobre la cama pintándose las uñas de los pies de rojo fuego. Cuando llegó la miró como si fuera una delincuente peligrosa y le hizo el amor hasta que tuvo que irse a la cena después de su castigo por ser una pesada que le molestaba en el trabajo. Marlena totalmente satisfecha y encantada de la vida, se giró poniéndose boca abajo mostrando su trasero sonrojado. El frunció el ceño al verlo y se sentó a su lado acariciándole una nalga. —Nena...

—¿Si?

—¿Te ha dolido?

Parecía preocupado y ella sonrió abrazando la almohada. —He disfrutado mucho. —Le miró con deseo. —Y quiero más.

Jason se echó a reír levantándose. —Me parece que eso de que tengas tiempo libre no es muy buena idea.

—¿Sabes? Me han sustituido por uno de mi equipo. Creo que me voy a independizar. —Le miró maliciosa. —Así puedo retarte en el juzgado.

—¿No te quedó claro que yo siempre gano, preciosa?

—¡Eso no fue ganar! ¡Eso estaba trampeado desde el principio! —dijo indignada sentándose de golpe. Entrecerró los ojos molesta—. Te vas a enterar.

—Claro, nena. —Le dio un beso en los labios y riendo salió de la casa.

¿Sería creído? Furiosa cogió el teléfono de la mesilla y llamó a Milly. —Busca un despacho en el centro y contrata a una secretaria y un pasante. ¡Mejor! Róbaselos a los del bufete. ¡Que se jodan!

—¡Por fin! Déjamelos a mí. En una semana estamos rodando.

—Se van a arrepentir de haberme sustituido por ese imbécil que no sabe ni por dónde anda. Esto es la guerra. —Bajó la voz. —Copia los archivos de los casos de divorcios pendientes.

Milly se echó a reír. —Por supuesto, jefa.

—Eso lo pensaría Jason. Mira, algo se me está pegando.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. Me caso el sábado de la semana que viene. —Milly

gritó de alegría haciéndola reír. —Eres mi dama de honor. Necesito un vestido, aunque no tengo ni idea de cómo va a ser la ceremonia.

—¿Y esto del despacho lo has hablado con tu futuro marido? ¿No sería más lógico que trabajarais juntos?

Sonrió maliciosa porque había encontrado la manera de tenerle entretenido el resto de su vida. —Está encantado.

—Estupendo, pues empiezo ahora mismo.

Cuando llegó de la cena simuló estar dormida para que no pensara lo que había hecho en realidad que era estar trabajando hasta hacía cinco minutos. Él suspiró tumbándose a su lado y ella sonrió maliciosa porque estaba agotado. No le extrañaba nada porque no había dormido en toda la noche anterior y había tenido un día de lo más ajetreado. Se volvió pegándose a su cuerpo y notó como se tensaba pues estaba desnuda. No tardó ni tres minutos en hacerle el amor diciéndole que se despertara y le atendiera como debía hacer. Y lo hizo encantada. Marlina le estaba cogiendo el gusto a aquella relación y si todo seguía así, sería perfecta.

La bomba estalló la semana siguiente. En su apartamento estaba sentada en su escritorio hablando por teléfono con una de sus nuevas clientas, cuando él entró en casa cerrando de un portazo. Sorprendida colgó el teléfono, dejando a la mujer con la palabra en la boca.

—Cariño... ya estás en casa.

—¡Sí! ¡Ya estoy en casa! ¿Te sorprende?

—No —respondió levantándose sonrojada—. Son las tres. —Le guiñó un ojo. —¿Vienes a echarte una siesta?

—¿Siesta? ¡Vengo a ver porque mi mujer está trabajando a mis espaldas! ¿Creías que no me iba a enterar? ¡Esta mañana todo el mundo comentaba en el juzgado que te habías independizado! ¡Pensaba que era un rumor sin importancia, hasta que me ha llegado esto! —Levantó una demanda de divorcio.

Ella se acercó para ver el nombre de lejos. —Ah, es la de Hollister.

—¡Sí, es la de Hollister! ¡Me ha pedido asesoramiento!



Sonrió radiante. —¿De verdad? ¿Vas a llevar su caso?

—¿No crees que sería un conflicto de intereses?

—No. Hay matrimonios que...

—¡No es profesional! Y enturbiaría nuestra vida... —Se detuvo en seco y dio un paso hacia ella amenazante. —Nena, ¿quieres que te castigue?

—No. ¿Cómo puedes pensar eso? —Intentó parecer indignada, pero le salió un gallito.

—¡No me lo puedo creer! ¡Quieres convertirnos en dos payasos en la sala solo para que te castigue!

—¡Es para no perder la magia!

Jason la miraba como si estuviera mal de la cabeza. —Si gano yo te picarás y si ganas tú tendrás que compensarme. ¡Es perfecto! —Sonrió encantada. —Cariño, sobre la casa...

—¡Deja la casa en paz! ¡Vas a olvidarlo todo y trabajarás conmigo!

—¡No!

—¡Seremos el mejor bufete de la ciudad! —La miró atónito. —¿Me has dicho que no?

—En casa somos una pareja y de puertas para adentro somos como somos. ¡Pero fuera soy abogado y llevo mi carrera como a mí me da la gana! ¡Y no quiero trabajar contigo! —Bajó la voz. —Entiéndelo cariño, no me concentraría pensando que me vas a tirar sobre la mesa del despacho y a...

—Esto es la leche. —Se pasó la mano por su cabello negro. —Vas a perder continuamente y estarás lloriqueándome porque te sentirás fracasada. ¡Y encima será culpa mía!

—¿Serás creído? ¡Soy mejor abogado que tú! —le gritó a la cara—. Yo al menos tengo escrúpulos.

—¡Yo tengo escrúpulos!

—¡Ja!

Jason la cogió por la nuca y la besó como si quisiera fundirse con ella. Impaciente se desabrochó los vaqueros mientras Jason tiraba de ellos hacia abajo. Marlena los empujó con los pies hasta quitárselos y abrazó su cuello mientras Jason la cogía por el trasero levantándola. La tumbó en el sofá y se

apartó para mirarla a los ojos con la respiración agitada abriéndose el pantalón. Marlena gritó de placer cuando entró en ella de una sola estocada con tal fuerza que tembló cada célula de su ser. Le rodeó la cintura con sus piernas, sintiendo como se tensaba su interior con cada firme movimiento de cadera, hasta que arqueando su cuello hacia atrás, gritó pidiendo más. Jason la cogió por la nuca y siseó —¿Quieres correrte?

—¡Sí!

Sorprendiéndola se apartó de golpe y con la respiración agitada vio cómo se alejaba entrando en el baño dando un portazo. Aquello no se lo esperaba. Estaba claro que ese hombre era una caja de sorpresas. Frustrada se apoyó en sus codos y su mirada cayó en la mesilla de noche. Se levantó quitándose la camiseta y el sujetador. Fue hasta allí y abrió el cajón sacando el consolador negro. Se tumbó en la cama y se puso cómoda abriendo las piernas. Pulsó el botón y sonrió aumentando la velocidad de la vibración. Sabía que eso lo consideraría una afrenta, pero en ese momento le daba igual. Acercó el vibrador a su sexo y se lo pasó suavemente. No era lo mismo, pero a falta de otra cosa... La puerta se abrió de golpe y Jason salió desnudo del baño. —¿Qué estás haciendo?

—Mmm... —Se mordió el labio inferior metiendo el vibrador lentamente en su sexo.

—¿Quieres que lo haga yo? —lo preguntó suavemente y Marlena sonrió porque se hubiera arrepentido.

—Claro.

—¿Por qué no te pones boca abajo?

Encantada se volvió y Jason cogió una de las almohadas levantando sus caderas para colocarla debajo. Abrió el cajón y cogió unas esposas. —¿Para qué quieres eso? —Él cogió una de sus muñecas y se la puso a la espalda. —¿Jason? —Cuando sintió que cerraba la pulsera alrededor de la muñeca se asustó un poco. —¿Qué haces?

—¿No querías correrte? Esto te va a encantar.

—¿De verdad? —Se resistió a doblar el otro brazo hacia atrás, pero Jason la forzó a hacerlo. —¿Jason?

La fuerte palmada en el trasero la hizo gritar del susto. —¡Jason!

—Lo del trabajo me ha cabreado, nena. Pero lo que acabas de hacer...  
—La cogió por el cabello y tiró de su cuello hacia atrás. —Yo digo cuando te corres. ¡Tu cuerpo es mío! ¿No te había quedado claro?

—¿Jason? —Asustada intentó volver la cara y vio que cogía un frasco de lubricante.

—Tienes un culo precioso, nena. ¿Sabes cuántas veces he pensado cómo me sentiría al follármelo?

—¡Jason! —Sonrojada se volvió y chilló cuando sintió como el gel caía sobre la línea entre sus nalgas. Levantó más sus caderas y Marlena gimió al sentir cómo pasaba la mano por ellas hasta llegar a su sexo.

—Ahora no me vengas con esas. He intentado ser tierno y suave, pero como estás tensando la cuerda continuamente, he decidido comportarme como soy.

Abrió los ojos como platos ¿Tierno y suave? Madre mía, ¿cómo era realmente?

—Tengo un amigo que estará encantado de meterte la polla por aquí cuando yo quiera.

Marlena gritó cuando sintió como metía un dedo. —Estás muy tensa, nena. Debes relajarte.

—¡Jason! —Sin aliento sintió como lo sacaba lentamente antes de meterlo del todo. —¡Dios!

—¿Quieres eso, preciosa? ¿Te gustaría?

—¡No! —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque el pensamiento de que era una zorra volvió con fuerza. Sobre todo, porque lo que le estaba haciendo le encantaba. Cerró los ojos ocultando la cara con su cabello.

—¿No quieres que te follemos a la vez? —Parecía divertido. —No me lo puedo creer, preciosa. Te iba a encantar. —Metió otro dedo dentro de ella y Marlena gimió levantando el trasero sin darse cuenta. —Tienes un culo precioso. A George le volverá loco y te follará con fuerza como a ti te gusta mientras yo lo hago por delante.

La imagen en su mente la volvió loca y gimió al pensar lo que diría su padre. Una lágrima corrió por su mejilla y chilló cuando entró en ella con su miembro lentamente. —¿No querías correrte?

Marlena sentía que la quemaba e intentó mover la cadera pues estaba incómoda. —Tienes que acostumbrarte a mí, preciosa. —Le acarició las nalgas entrando en ella un poco más y cuando llegó al final se quedó sin aliento. —Joder, nena. Da miedo que seas tan perfecta.

Empezó a moverse y Marlena gimió horrorizada por las imágenes que acudían a su mente sin poder evitarlo. Era como si se estuviera viendo desde fuera de su cuerpo y no podía evitar sentir placer unido al dolor, pero a la vez lloraba porque las dudas volvieron con fuerza. Jason acariciando su espalda, aceleró el ritmo y la agarró por las muñecas esposadas evitando que se moviera a medida que sus estocadas se hacían frenéticas. Marlena gritó una y otra vez hasta que su cuerpo se tensó con fuerza en un orgasmo que la aterró. Temblando sintió como él caía a su lado respirando agitadamente e intentó calmarse. Había sido sexo nada más. Pero le daba la sensación de que habían cruzado una línea en ese mismo instante y que su relación no volvería a ser la misma.

Mirando el enorme ventanal parpadeó cuando una lágrima cayó por su nariz y asustada de perderle intentó limpiarse con la sábana frotando su cara.

—¿Nena?

—¿Si? —preguntó en voz baja.

Él se sentó de golpe y la volvió. Jason palideció al ver su cara mientras ella forzaba una sonrisa. —¿Puedes quitarme las esposas?

—No ocurre nada. No va a pasar nada porque hayas disfrutado.

—Lo sé. —Desvió la mirada sintiéndose impotente porque no podía levantarse para huir.

—Has disfrutado. Lo sé. —Parecía asustado y la cogió por la barbilla. —Marlena, si es por lo que he dicho...

—Tengo que ir al baño. ¿Puedes soltarme, por favor? Por favor —le suplicó angustiada.

Él la volvió suavemente y soltó las esposas. Marlena se sentó dolorida y se levantó de la cama para ir al baño cerrando la puerta lentamente. Se duchó intentando no llorar, pero no podía evitarlo. Sabía que su padre había sido un enfermo y que lo que hiciera ella con su marido era problema suyo, pero la palabra zorra se repetía una y otra vez.

Tardó unos minutos en calmarse y en reordenar sus pensamientos. Se rodeó el cuerpo con una toalla y abrió la puerta sonriendo para encontrarse con la cama vacía.

—¿Jason? Cariño, ¿pedimos la cena o prefieres esperar? —Bajó los escalones y caminó hasta la cocina que estaba vacía.

Asustada corrió hasta el vestidor. Al comprobar que estaba vacío y que la poca ropa que había llevado había desaparecido, gimió tapándose la cara. —Volverá. Habrá ido a su casa por algo.

Se sentó en la cama. —Se ha dejado el traje en el baño y esos zapatos italianos que le gustan tanto. Volverá.

Mirando por la ventana se angustió al ver que no se encendía ninguna luz, aunque no la necesitaba porque todavía no había oscurecido del todo. Se pasó toda la noche allí sentada mirando el ventanal y cuando amaneció se echó a llorar angustiada. Se lo había advertido. Le había dicho que la siguiente vez que huyera de él se iría y lo había hecho. Puede que no hubiera salido corriendo, pero había sido lo mismo. Entonces se dio cuenta que la amaba. La amaba muchísimo, porque prefería alejarse a seguir haciéndole daño por ser como era.

Asustada por perderle le llamó al móvil, pero no se lo cogió. Furiosa volvió a llamar una y otra vez hasta que apagó el teléfono. —¡No! —Tiró el teléfono sobre la cama y se llevó las manos a la cabeza. Le había dicho que si se iba no lo vería más. ¡Se iba a ir de la ciudad! ¡Tenía que hacer algo!

Cogió el teléfono y marcó a toda prisa. —Quiero denunciar un allanamiento de morada. Sí, sé quién ha sido. Mi exnovio Jason Kindley y creo que va a huir del estado porque han desaparecido unos fondos de mi cuenta.

Con un traje de chaqueta verde intenso y unos zapatos negros de tacón de aguja caminó por el pasillo haciendo que los detenidos silbaran a su paso. —Joder, qué tía. ¿Eres abogada? Me cambio ahora mismo. ¡Soy inocente! —gritó uno haciendo reír a los demás.

Marlena sonrió a la última celda y amplió su sonrisa al ver a su hombre sentado en el camastro con los codos apoyados en las rodillas apretándose las

manos. Volvió la cabeza lentamente y subió la vista hasta llegar a sus ojos. Marlena le miró con amor. —Cariño, no te puedes ir. Nos casamos mañana.

—Nena... —Se levantó lentamente y se acercó a los barrotes. —Déjame salir de aquí.

—Antes tienes que prometerme que mañana te casarás conmigo.

—¡Marlena!

—No puedes dejarme. Todos tenemos momentos de debilidad. Deberías ser más comprensivo.

—Cielo, precisamente porque te comprendo, me largo de Nueva York.

—Me gustó, de verdad. —Alargó la mano que tenía su anillo de compromiso y él se alejó pasándose la mano por el cabello. —Te juro que sí. Fue estupendo, pero lo de compartirme me asustó un poco. Supongo que tengo que acostumbrarme. —Hizo una mueca. —Y tiene que gustarme el tipo, ¿vale?

La miró asombrado. —¡Era mentira, Marlena!

Parpadeó sorprendida. —¿De veras? Porque mi madre...

—¿Crees que voy a dejar que a mi mujer le pongan una mano encima?

—¡Joder, con una hembra así yo me lo cargaría! —dijo uno de la celda de al lado—. Oye, si tú no la quieres, dámela a mí.

—¡Cierra la boca! —gritó Jason celoso.

Marlena sonrió. —No sé si lo has visto, pero es muy guapo. —Alargó el cuello y dijo divertida. —¿Tienes representante legal?

—¡Nena! ¡Es un delincuente!

Se puso seria. —Este es el trato. Retiro la demanda y tú vuelves a casa para hacerme lo que quieras.

—Joder, tío qué suerte tienes —dijo el de la celda contigua.

—Y me dices que me quieres —apostilló antes de añadir— Y te casas mañana, claro.

Jason sonrió devorándola con la mirada. —¿Te he dicho alguna vez que eres una abogada estupenda?

—Soy la mejor de la ciudad. ¿No te lo había dicho yo?

Él se acercó y la cogió por la nuca acercándola para devorar su boca mientras los tipos vitoreaban y silbaban como locos. —Te quiero —susurró él antes de separarse.

Marlena sonrió radiante. —¿Y?

—Me casaré mañana.

—Eso es estupendo. Para que me hagas una de tus artimañas, te dejaré aquí unas horitas más —dijo maliciosa—. Así me aseguraré de que te presentarás.

Se volvió caminando hacia la salida. —¡Marlena! ¡Ni se te ocurra hacerme eso! —Como no contestaba, ni regresaba, gritó —¡Marlena, hablo en serio!

## Epílogo

Suspiró agotada volviéndose en la cama y acarició su pecho. —Un año. ¿Te alegras de haberte casado conmigo?

—Cada vez menos. ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

Marlena sonrió encantada. —¿No te ha gustado la sorpresa? —Su marido sonrió de medio lado. —Sabía que el club te gustaría. Son como tú y como yo. Además, ahora aceptan parejas y lo he hecho para motivarte.

—¿Crees que necesito motivarme?

Ella se levantó mostrando su avanzado embarazo y se acarició el vientre. —Esto no motiva mucho.

—Te puedo asegurar que nunca has estado más preciosa y me da la sensación de que nunca dejarás de motivarme.

Le miró maliciosa. —Lo sé.

Jason se echó a reír y se levantó siguiéndola al enorme vestidor de la nueva casa donde buscaba algo que ponerse. —Nena, estás de ocho meses y medio. Deberías estar en casa, no correteando por los juzgados.

—Eso lo dices porque la semana pasada te aplasté en el juzgado.

—¿Me aplastaste? —Pasó a su lado dándole un azote para llegar al baño. —Si gané yo.

—Ja, ja. Ni esperabas esas fotos.

—¿Qué puedo decir? Has aprendido del mejor. —Abrió el grifo de la ducha.

—Eso es cierto. —Dejó el vestido negro premamá sobre el diván que su madre había colocado allí. Menos mal que ella se había encargado de la decoración de la casa nueva, porque estaban tan ocupados que no tenían



tiempo para esas cosas. —Cariño, esta noche no podré ir a esa cena.

—¡Joder, Marlena! ¡Te lo dije hace tres semanas! —gritó desde la ducha.

—¡Es que estaré en el hospital dando a luz a tu hija!

Jason salió de la ducha a toda prisa resbalándose en el suelo de mármol. Cuando recuperó el equilibrio la vio hacer una mueca. —¿Es mentira? ¡Si te estás preparando para ir al juzgado!

—Porque todavía es pronto. —Asombrándolo entró en el baño y se metió en la ducha que había dejado libre. —Queda mucho. Todavía puedo pegarte otra paliza con los Foster.

Jason entró en la ducha con ella y la cogió por los hombros volviéndola. —No estás bromeando, ¿verdad?

—¿Cómo voy a bromear con esto?

Su marido entrecerró los ojos y acarició su cadera hasta llegar a su trasero dándole una palmada. Marlena jadeó sorprendida. —Si crees que vas a desestabilizarme en la sala y a desconcentrarme pensando que tienes contracciones, vas lista señora Kindley.

—Sabelotodo.

Jason se echó a reír y la besó apasionadamente. Cuando salió de la ducha sonrió maliciosa antes de susurrar —Ha picado totalmente. —Se tocó el costado sintiendo una contracción. —Ya verás cuando se dé cuenta de que ha metido la pata. Se va a cagar de miedo y no dará una. —Levantó la voz y gritó —Cariño, ¿me quieres?

—¿Qué has hecho ahora? —Metió la cabeza en el baño abrochándose la camisa. —Nena, ahora no tengo tiempo para darte una lección.

—¡No he hecho nada! ¿Me quieres o no?

—¿A qué viene esa pregunta? —Entró en el baño preocupado al ver que se daba la vuelta para aclarar el jabón.

Cerró el agua y él abrió la mampara rodeándola con la toalla. —¿Marlena?

—Es que nunca me lo dices y ayer...

Jason suspiró abrazándola. —Puede que no te lo diga porque a mí no

me van esas cosas, pero te quiero más que a nada. Y sé que ayer no te regalé nada, pero recuerdo que el día anterior te llevé a cenar a un sitio muy romántico para sorprenderte.

—No hacía falta que me regalaras nada, pero me gustaría que me dijeras que me quieres más a menudo. ¿Lo harás? A veces necesito oírlo.

Jason asintió. —¿Ahora necesitas oírlo?

—Sí.

—Te quiero. —La besó suavemente en los labios. —Te quiero muchísimo y ahora mismo nos vamos al hospital.

Le miró asombrada. —¡Si estoy bien!

—¡Ja! ¡Me lo había tragado hasta que has preguntado eso de si me quieres! Te has asustado y eso significa que viene la niña. ¡A mí no me la das!

—Yo también te quiero.

—Más te vale.

Marlena se echó a reír y se acercó al vestidor para ver que se había puesto nervioso porque se estaba vistiendo a la velocidad de la luz. — Cariño...

—¿Quieres empezar a vestirme de una vez?

—Nunca he sido más feliz que estando a tu lado.

Jason dejó el jersey y se acercó a ella demostrándole con la mirada todo lo que la quería. —Y yo nunca he sido más feliz que en este momento. No tengas miedo. Estaré contigo y serás una madre maravillosa. Formaremos una familia y seguiremos siendo felices. Te lo prometo.

—¿Estarás a mi lado?

—Siempre nena, de eso que no te quepa ninguna duda. No te abandonaré jamás.

—Te quiero, yo a ti tampoco te dejaré.

—Sabes lo que pasaría si se te ocurriera algo así, ¿verdad?

Marlena sonrió maliciosa. —Conozco otras maneras de provocarte.

—Lo sé, preciosa. Lo sé muy bien.

FIN